

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIA.** ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8.

y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de D. Francisco de P. Mellado.

4<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 49. — Mayo 14 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la redacción se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscriptores de España y América, a los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... — 55 • (11 ps.). — 30 fr. (6 p. •)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

**TEXTO.** — Viaje del Emperador a Lyon, por MAC-VERNOLL. — Correo de París, por JULIO LECOMTE. — Correspondencia de España, por C. YRIARTE. — Las fiestas de Amiens, por EMILIO BOURDELIN. — Crónica de Tribunales, por PETIT-JEAN. — Pueblos pastorales de Austria, por LEO DE BERNARD. — París desconocido,

por EDUARDO GOURDON. — Peregrinación a Sainte-Beaume en el departamento de Var, por MÁXIMO VAUVERT. — Nuevos uniformes de la guardia imperial, por M. V. — El loro de mi vecina, por FEDERICO DE LA VEGA. — Llegada a Strasburgo del 15<sup>o</sup> batallón de cazadores de a pie, por LEO DE BERNARD.

**GRABADOS.** — S. M. la emperatriz viuda de Rusia. — Llegada de la emperatriz viuda de Rusia a Marsella. — Visita de SS. MM. el

emperador y la emperatriz de los Franceses a la emperatriz, viuda, de Rusia. — Apertura de las Cortes en Madrid. — Pueblos pastorales de Austria. — Fiestas de Amiens, trajes principales de la cabalgata. — Homenaje tributado por Eduardo III de Inglaterra a Felipe de Valois. — Peregrinación anual a Santa Beaume. — Concurso de animales en Amiens. — Nuevos uniformes de la guardia imperial. — S. A. la gran-duquesa Maria de Leuchtenberg. — Entrada en Strasburgo del 15<sup>o</sup> batallón de cazadores de a pie.

## VIAJE DEL EMPERADOR A LION.

El 1<sup>o</sup> de junio Lyon estaba de gala, cerrados los almacenes, colgadas las casas é iluminada la ciudad de noche, esperando a la emperatriz viuda de Rusia, esposa de Nicolás I, y madre de Alejandro II. La hija de Federico Guillermo III cumplirá pronto sesenta años. Desde Niza, en donde pasara todo el invierno con motivo de su delicada salud, la emperatriz viuda habia llegado a Marsella a las cinco de la mañana a bordo de la fragata-vapor Olaff.

El mariscal de Castellane y el conde de Kisseleff que la estaban aguardando en Marsella la acompañaron a Lyon.

A las seis y media llegó el tren de Marsella a la estación cuajada de vistosas flores y tendida con magníficas colgaduras. El mariscal de Castellane echó pie a tierra el primero y dió la mano a Su Magestad a quien rodea un séquito numeroso. Aunque agobiada por los años y por los padecimientos, la augusta viuda de Nicolás I lleva con magestad su noble frente.

La gran-duquesa Elena,



Su Magestad la emperatriz, viuda, de Rusia.

(Segun una fotografia por M. Vuagnat, del cuadro de M. Winterhalter.)

su nuera, la recibió en la estación acompañándola a la fondadel Universo.

A las ocho y cuarenta minutos el emperador y la emperatriz llegaron de París é hicieron su entrada entre teas. Pasaron Sus Magestades de la estación a la casa consistorial acompañados de la multitud apiñada que los iba victoreando y en seguida salieron con gran pompa a hacer su primera visita a la emperatriz viuda de Rusia.

La princesa Maria es hija de Nicolás I: nació en agosto de 1819, y quedó viuda de Maximiliano-Augusto, duque de Leuchtenberg, el 1<sup>o</sup> de noviembre de 1852. Nuestro grabado reproduce las distinguidas facciones de esta gran duquesa de Rusia.

Al día siguiente el emperador visitó a la gran duquesa y ésta y la emperatriz de Rusia almorzaron con S. M. I. en la sala consistorial: el almuerzo duró una hora, de doce a una.

Despedida en la estación la emperatriz viuda, por S. M. I., despues de un largo coloquio, éste y su esposa salieron de Lyon a las dos, llegando entre diez y once a las Tullerías.

MACVERNOLL. T. A. L. de B.



## CRONICA DE PARIS.

Al hablar no ha mucho del matrimonio del príncipe A. de Polignac con la señorita Amelia Mirés (celebrado el martes último en la iglesia de la Magdalena por Monseñor obispo de Marsella) citamos, á propósito de las alianzas de la nobleza con la banca, el caso de Mateo Molé, quien dió su hijo, conde de Champlatreux, á la hija del *judío* Samuel Bernard, célebre banquero que prestó numerosos servicios metálicos al Estado en tiempo de Luis XIV y de Luis XV. Al afirmar que el antiguo académico y ministro del rey Luis Felipe, el conde de Molé, tenía por esa razón sangre israelita en sus venas, éramos eco de una especie de tradición á la vez histórica y parlamentaria; porque, bajo el ministerio llamado del primero de Marzo, se hizo la insinuación una vez entre otras, por un célebre abogado de la oposicion y el hecho á que se aludía no fué contestado por la persona á quien podía interesar, ya que no herir, en el fondo de su perfecta aristocracia.

Pues bien! parece incontestable que incurrimos en un error generalmente acreditado al asegurar que Samuel Bernard era de la prole de Jacob, cuando en realidad la sangre del conde académico y ministro no tenía ni un glóbulo siquiera procedente de Israel! Uno de nuestros mas distinguidos colegas, el señor Alby, Ernesto, nos escribe indicándonos y explicando el error en que incurre la opinion general sobre la noble figura del banquero y hombre honrado. El siguiente extracto de la carta que ha tenido á bien dirijirnos resume los documentos de grande importancia histórica que las columnas de esta seccion fútil nos impide, con tanto pesar nuestro, presentar estensamente á nuestros lectores. Pero el hecho que prueban resaltará bastante con el testimonio del señor Alby y la tradicion equivocada de que hemos hablado tendrá que retrogradar hasta la fuente de la verdad:

«... Parece que dais por sentado con algunos historiadores de gran crédito, que la familia de Samuel Bernard era *judía*. Permitid que os manifieste que Samuel Bernard y su hija eran católicos en 1733, época del referido enlace. Los Bernard nunca fueron judíos: profesaban por herencia la religion protestante. Salomon Bernard y su hija abjuraron del protestantismo, y si teneis la molestia de leer los documentos históricos adjuntos os convenceréis de la exactitud de mi aseveracion...»

«Ernesto Alby.»

Los documentos, sumamente curiosos en verdad, remitidos por nuestro apreciable colega son:

1.º Una nota que comprueba que el padre de nuestro Samuel, el grabador Salomon Bernard, era miembro de la academia de pintura con la cual tuvo algunas diferencias á causa de su título de *protestante*;

2.º El testo mismo de la abjuracion de protestantismo de Samuel Bernard, de su mujer Catalina Clergeau y de una hermana de esta última, documento fechado en la calle *Bourg-Pabbé* el 7 de diciembre de 1685;

3.º Una carta del mayor de los guardias, Artagnan, quien previene á Samuel Bernard que está amenazado de persecucion como hereje... aunque Bernard, por su abjuracion, debia creerse enteramente á cubierto de los edictos de Luis XIV.

No podemos resistir al deseo de reproducir esta carta curiosa que pinta de una manera tan chistosa como hipócrita los sentimientos de que se hallaba animado dicho soldado.

«Al señor Bernard, banquero de Paris.

» Mty señor mio: siento verme en el caso de poner una guarnicion en vuestra casa de Chenevière. Os suplico prevengais sus consecuencias haciéndoos católico; de lo contrario

tengo orden de vivir con missoldados á discrecion en vuestro domicilio: y éste correrá gran riesgo cuando todos los víveres se hayan agotado. Siento en el alma verme en el caso de proceder de tal manera, señor mio, sobre todo cuando se trata de una persona como vos. Permitidme, pues, que os ruegue pongais remedio y no hay otro mas que el de remitirme vuestra abjuracion y la de toda vuestra familia. Entre tanto, voy á dar orden de que no se cometa ningun esceso en vuestra casa y me obligo á que subsistan en ella mis soldados con la mayor economía; pero vivid persuadido de que esta moderacion no pasará de mañana á las dos de la tarde, porque es una condescendencia que echo sobre mis hombros cuando tengo una orden para lo contrario. Vuelvo á reiteraros mi súplica de que comprendais mi pesar al dárosle de este modo y creed, señor mio, que soy vuestro muy humilde y obediente servidor.

» Artagnan.

» De Chenevière (sobre el Marne) hoy 4 de enero, á las tres de la tarde.»

El terrible espadon preseindió del derecho que tenía la familia de Samuel Bernard á ser virtualmente protegida, en vez de recibir tan indigna opresion. Saqueáronle y destrozáronle todo como si fuese un hereje. Samuel, indignado, se dirigió al rey en un documento unido al protocolo que tenemos á la vista. El ofendido presentaba al soberano con una elocuencia noble y sencilla la *cuestion de principio* como hoy se dice, sobre su situacion de protestante sometido á los reales edictos. Si se ha de decir verdad, Samuel se remonta hasta al orijen para tratar la cuestion religiosa, pero recuerda despues que es banquero... y hace su correspondiente estado de los destrozos causados en su hacienda de Chenevière por los guardias de Artagnan, — todo lo enumera con cuidado, la desaparicion de las camisas guarnecidas de encajes, lo mismo que los muebles rotos y las cubas vendidas ó trasegadas: total 10,000 libras, equivalente á 60,000 de nuestra época. Ignórase si Luis XIV mandó que se indemnizase al convertido de sus depredaciones católicas; — pero consta que mas adelante ese rey orgulloso no se desdenó de recurrir á la caja del banquero que poseyó, segun es fama, hasta treinta millones, ganados en diversos negocios que hizo fuera de Francia, en donde, — si merece crédito el *diario* del abogado Barbier, — Samuel protegia, á pesar de su conversion, á sus antiguos correligionarios del extranjero, especulando afortunadamente con los mas ricos. Samuel Bernard, que vió la exhausta monarquía humillarse, en las personas vanas de Luis XIV y Luis XV, á los pies de un hugonote convertido, Samuel Bernard que, segun Saint Simon, fué llamado el *salvador del Estado*, murió á los ochenta y ocho años (en 1759) y dejó de sus segundas nupcias dos hijos y una hija:

El mayor, conde de Loubert, del consejo de Estado, superintendente de la casa de la reina y gran oficial de la orden de San Luis, — quien casó á su hija con el presidente de Lamignon;

Bernard de Rieux, el segundo, que dió la suya al marqués de Mirepoix;

Por último, la hija que, como recordábamos al hablar del enlace que tanto ocupa á la alta sociedad de Paris, — casó en 1733 con el hijo del Guarda-Sellos Mateo Molé. Esta era pues justa y dignamente católica, puesto que segun los documentos suministrados por el señor Alby, Samuel Bernard habia abjurado el *protestantismo*, — y no el *judaismo*, — en 1686, es decir, cuarenta años antes de su enlace con el conde de Champlatreux.

*Inde...* El conde de Molé nada tenía que ver con la prole de Abraham!

~~~~~ Vamos á referir un nuevo duelo, singularmente motivado, que tuvo orijen en una de

las últimas reuniones de la estacion que acababa de espirar.

Hé aquí, pues, el acontecimiento:

En una *soirée* de la calle de San Lázaro, y á los primeros preludios de una contradanza, sacó á bailar un caballero á cierta señora, cuyos hermosos ojos negros como el azabache deseaba contemplar de cerca. Aceptada la invitacion, nuestra pareja tomó plaza en el baile; pero cuando la dama de los negros ojos reparó en las personas que se les colocaban en frente, previno al punto á su caballero que jamás consentiria en bailar con semejante *vis-á-vis*, y que era preciso decirles que se fueran á otra parte.

«— Pero, señora, considerad que es bastante difícil...»

» — Repito, caballero, que por nada del mundo bailaré con semejantes personas! que se vayan á otro sitio... ú vámonos nosotros! »

En virtud de una orden tan absoluta, nuestro hombre se encontró en el mas grande embarazo. De buena gana hubiera dejado su puesto y abandonado el baile antes que desempeñar una tan brusca y estraña comision. Pero su compañera se ponía roja y pálida alternativamente... y la encontraba así tan hermosa! La música empezaba los primeros compases, las parejas estaban preparadas, y... era indispensable tomar un partido!... una profunda, negra y ardiente mirada de la antojadiza terminó las vacilaciones y puso fuego á la mina: el adorador de aquellos lindos ojos marcha derecho á su *vis-á-vis*:

«— Dispensadme, caballero... pero si os fuera indiferente bailar en otro sitio, agradecería...»

» — Deciais, qué? — esclama el interpe-lado.

» — Digo, — continuó el *demandante* medio aturdido por su mismo atrevimiento y abandonando todas las formas de la persuasion para marchar directamente al asunto — digo que vengo á suplicaros cambiéis de puesto... porque no me acomoda que continueis siendo nuestro *vis-á-vis*! »

El caballero á quien tales palabras iban dirijidas quedó en un principio como pasmado de tanta audacia... despues, con grande asombro del importuno peticionario, se le vió ofrecer tranquilamente el brazo á su pareja, alejarse, y perderse por último entre la multitud. Un nuevo *vis-á-vis* ignorante de la anterior escena y viendo un puesto vacío, corrió á ocuparle.

«— Os acomodan esos? dice el caballero á su compañera.

» — Perfectamente.

» — Lo celebro infinito! »

Y se lanzaron en el torbellino del baile. Nuestro galan pudo entonces admirar á su placer los negros ojos de la hermosa dama; pero, fuerza es decirlo, su admiracion fué turbada con frecuencia por el recuerdo nada grato de la escena que inauguró la contradanza y en la que se condujo de un modo tan estraño; porque su buen juicio le decia que no era posible quedase terminado aquel asunto con una tan obediente retirada...

En efecto, concluida la contradanza, y despues de dejar en su sitio á la dama de los negros ojos, habiendo pasado nuestro hombre á un segundo salon, sintió que una mano se le posaba sobre el hombro:

«— Caballero... os buscaba, porque tengo respecto á vos ciertas pretensiones diametralmente opuestas á las que tuvisteis á bien manifestarme hace un instante suplicándome cambiara de puesto: yo desearia, por el contrario, que tuviéseis la amabilidad de servirme de *vis-á-vis*!

«— Corriente, caballero, me habeis dado hace pocos minutos un ejemplo tan raro de condescendencia, que no puedo menos de imitaros. ¿Cuál es vuestra partida?

» — La espada...

» — El sitio!...



» — El bosque de Saint-Mandé... mañana, á las nueve de la mañana?

» — Está dicho... vuestra tarjeta?...

» — Vedla aquí: — la vuestra?...

» — Esa es!

» — Perfectamente! tengo el honor...

» — Caballero, creed que... »

Y despues de saludarse con la mayor cortesía, se separaron.

Verificóse el encuentro á la mañana siguiente en un bosquecillo que forma parte de la propiedad de un autor dramático, y el provocado al duelo, provocador antes de la escena del baile, recibió una magnífica *estocada en primera*, que le hizo un pequeño y frio agujero entre la segunda y tercera costilla de la derecha.

« Vamos, valor amigo mio, que ya vendrá á consolarte, á asistirte! — dice al herido uno de sus padrinos mientras le conduce á Paris en un fiacre.

» — Pero si no me conoce! si ignorará probablemente que me he batido... y ni aun lo sospechará siquiera, segun lo condescendiente que se mostró mi adversario al absurdo mandamiento que ella me impuso!

» — Pero ¿cuál pudo ser el motivo de esa orden?

» — Lo ignoro todavía!

» — ¿Conoce á la dama tu adversario?

» — Dice que no... y añade que su pareja, interrogada por él, declaró asimismo no conocerla tampoco.

» — Pues entonces, ¿por qué esa obstinacion en no querer bailar frente á estas personas desconocidas? ¿Por qué obligarte á una demanda tan estraña... cuanto peligrosa?

» — Abismo y misterio!

» — Pero ¿no seria conveniente, no desearias que llegaran á conocimiento de esa buena señora las tristes consecuencias de tu demasiado caballeresca sumision á sus caprichos?

» — Sin duda ninguna; pero, cómo hacerlo?

» — Pardiez! es muy sencillo: colocando un anuncio en los diarios, segun hacen los ingleses, concebido poco mas ó menos de esta manera:

« M. X<sup>xxx</sup> que, por orden espresa de Mada<sup>ma</sup> Z<sup>xxx</sup> obligó á un caballero y á una señora á mudar de puesto en cierta contradanza de un baile que tuvo lugar el lunes último, se batió el martes con su rechazado vis-á-vis y ha recibido una estocada, por lo cual es muy justo que, durante la cura, vaya Mada<sup>ma</sup> Z<sup>xxx</sup> á consolarle y hacerle algunos ratos de compañía á la calle tal, n. tantos. »

» — No me parece mal! pero hay pocas probabilidades de que la dama llegue á leerlo, perdido entre los innumerables anuncios ingleses de un gran periódico! No seria mejor referir el hecho y encomendarse á un complaciente cronista?

» — ¡Hombre, magnífica idea! yo me encargo de ponerla en ejecucion! »

Tal es el motivo por el cual ha llegado la aventura á nuestro conocimiento. Esperamos el efecto que esta publicacion deberá producir, como la clave que ha de resolver el enigma del referido femenil capricho.

~~~~~ Voy á contar á mis lectores una historietta en la cual han venido á chocarse de una manera rara, y casi escandalosa, las mas fúnebres con las mas cómicas impresiones. Veráse en ella que el alma es á menudo esclava de los nervios, triste verdad que, no por demasiado sabida y probada, deja de ser menos deplorable.

Hace pocos dias se dió sepultura á un digno padre de familia, quien, por las bellas cualidades que le adornaban, era estimado de todos y adorado de sus parientes. Hallábanse reunidos en el sombrío salon de la casa mortuoria: la viuda, sumida en la desesperacion, su hija, un yerno y los dos hijos de la casa,

uno de los cuales tenia allí á su joven esposa. Acababan de llegar de vuelta del cementerio en donde el cuerpo del infeliz padre, prematuramente arrebatado por una enfermedad aguda, habia sido enterrado bajo el rocío de la religion y del cariño, bajo las aspersiones del agua bendita y las amargas lágrimas de los huérfanos. El gran edificio, aunque cerraba toda la familia, parecia deshabitado y triste, porque el cariñoso y activo gefe de ella acababa de salir para nunca mas volver, y los que dejaba en pos de sí hallábanse desconsolados y reunidos en duelo, silenciosos los bombres, sollozantes las mujeres, en esta fúnebre sala todavía mas entristecida si cabe por la parda luz de un dia nebuloso de la estacion presente, á propósito de la cual puede decirse que el invierno pasa su primavera en Paris.

De repente, y cuando cada cual se encontraba agobiado bajo la pesadumbre de su dolor, de sus amargas reflexiones, oyeron llamar á la puerta del salon. No se escuchaba ninguna voz... pero los golpes eran cada vez mas fuertes y repetidos, y diríase que era una persona con las manos ocupadas por algun objeto duro y voluminoso, que tocaba con él para que abrieran cuanto antes. Al escuchar el importuno llamamiento, levantóse uno de los hijos silenciosamente para poner fin al inusitado ruido, turbador del piadoso y doliente recojimiento de los circunstantes.

Abrese la puerta, y penetra de súbito, ú mejor dicho, salta en la habitacion... un perro, en cuya cabeza, á guisa de casco griego, traia... un jarro de palanganal... ni mas ni menos! Tal como suena, la cosa parece absurda y chocante, pero se esplica.

Olvidado por todos este pobre perro, á causa de las serias ocupaciones de aquellos últimos dias, se habia visto en la dura necesidad de atender por sí mismo á su propios negocios, de proveerse de lo necesario á su existencia. Tuvo sed, y naturalmente se puso á buscar agua: olfateando acá y acullá, encontró por fin al pié de un palangaro un olvidado jarro, en cuyo fondo se hallaba, aunque en pequeña cantidad, el deseado líquido. En su avidez, trató de introducir la cabeza en la vasija, ansioso de lamer aquel resto de agua, y pudo conseguirlo aunque empleando para ello algun esfuerzo. Pero ¿y la salida? Aquí fueron los apuros del pobre animal! Las orejas, que se plegaron dóciles á la entrada, oponian ahora una tenaz resistencia con su carnoso reborde: ¡imposible sacar la cabeza del jarro! Despues de inútiles esfuerzos, el sediento individuo de la raza canina se echó á correr ciego y á la ventura de cuarto en cuarto buscando socorro, y así llegó á golpear á la puerta del salon, llevado por su buen instinto.

La vista de este perro tan estrañamente adornado, sus saltos, sus botes en todos sentidos por desembarazarse de la incómoda coraza, sus tropezones contra los muebles y contra las piernas de los circunstantes, sus lastimeros jemidos que resonaban de una manera orijinal en el cóncavo fondo del jarro, todo esto, en fin, produjo, en aquella reunion tan silenciosa, tan grave y apesurada, un efecto que, si en un principio fué seguramente de contrariedad, tardó muy poco en ser orijen de la mas invencible risa. En vano cada uno, tan profundamente herido por el dolor, se esforzaba por continuar en su recojimiento y piadosa actitud... en vano fueron sofocados los primeros sacudimientos nerviosos... fué preciso ceder poco á poco á la excitacion producida por la presencia de aquel desventurado perro, tan bizarramente engalanado con su jarra de palanganero, haciendo cabriolas por el salon, mezcladas con cien inútiles esfuerzos para desembarazarse de aquel maldito adminículo, y lanzando en su terrible angustia sordos ahullidos de un efecto acústico indescriptible! El primero é indomable golpe de risa partió de una mujer, quizá la mas afli-

jida de la reunion, pero tambien la mas nerviosa, y por consecuencia la mas pronta en obedecer al sacudimiento de sus fibras excitadas á la hilaridad por la estraña aparicion que vino á intrusarse en el duelo. Esta primera carcajada produjo el efecto de una chispa al caer sobre un reguero de pólvora... el contagio se propagó de una manera eléctrica, y todos los circunstantes, desde la triste viuda del muerto, anegada en lágrimas y medio oculta bajo los negros pliegues de su luctuoso manto, hasta el mas indiferente de los personajes que formaban la mortuoria asamblea, obedecieron al irresistible impulso que, por haber sido trabajosamente sofocado en un principio, llegó á adquirir una brusca y estrepitosa expansion!

¡Qué escandaloso espectáculo no habria ofrecido esta familia, apesadumbrada y cubierta de luto, á los ojos de una persona estraña que hubiera penetrado allí en tan crítico momento!

Fué preciso, para reprimir el vuelo de aquella inoportuna hilaridad, que uno de los hijos, mordiéndose los labios y haciendo inauditos esfuerzos por formalizarse, corriese hacia el animal y le sacara fuera de la habitacion para romperle el jarro maldito, causa de aquella risible escena. Pero cuando volvió á entrar en la sala, despues de haber dejado libre al prisionero, los grupos se habian disuelto y cada cual iba á su cuarto á pedir á la soledad una calma y apaciguamiento de nervios que todos deploraban y se indignaban haber perdido... y al esforzarse por recuperar la tristeza, mas de uno reía todavía á sus solas recordando la orijinal aventura! — Despues de esto, dígasenos lo que es á veces el alma cuando en medio de sus mas íntimos y naturales dolores viene á ser juguete de una irritacion nerviosa provocada por un incidente burlesco y despreciable.

~~~~~ Dícese que M. Babinet es uno de los hombres mas distraidos que se conocen, cuando se ocupa de las cosas vulgares de este mundo. El ilustre académico se parece algo, por lo visto, al famoso astrólogo de la fábula, y mira mas al cielo que á la tierra. Hé aquí un hecho que prueba hasta donde llega su distraccion.

Noches pasadas, á cosa de las doce, hora en que ya no circulan los ómnibus, salió con otro miembro del Instituto de una reunion habida en la Cité, sitio muy próximo al Palacio de Justicia. Pasaba entonces un caruaje:

« — Hola, cochero! — grito M. Babinet: ¿estais libre? »

» — Sí, señor!

» — Bueno! — añadió el sabio volviéndose á su amigo; — éste me conducirá á la plaza del Palacio de Justicia.

» — Pues qué, vivís ahora allí?

» — No, pero en aquel paraje tomaré mi ómnibus... que me deja siempre á la puerta de casa! »

~~~~~ He aquí algunos proverbios estraños poco conocidos en nuestro sentir:

« Ganancia fácil, loco despilfarro. »

(Prov. holandés.)

« Imita á la madera de sándalo que embalsama el hacha que la hiere. »

(Prov. indio.)

« Mas vale estar sentado que de pié, acostado mas que sentado; pero mejor que todo esto vale estar muerto. »

(Prov. italiano.)

« El águilano se entretiene en cazar moscas. »

(Prov. griego.)

JULES LECOMTE.

Trad. A. L. de B.





ED. RIGU

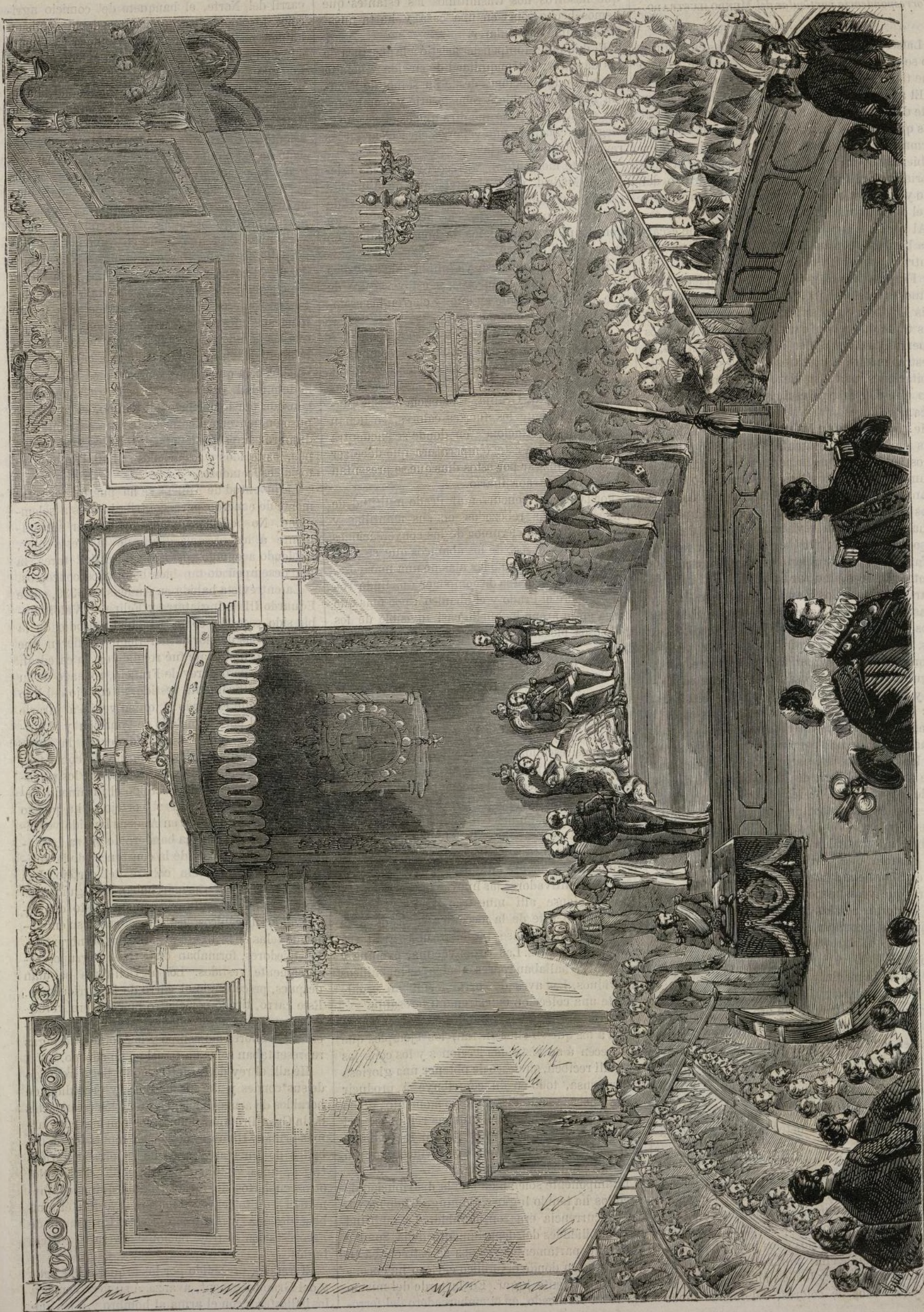
Llegada de la emperatriz viuda de Rusia á Marsella, el 1º de junio, de un croquis de M. Durand-Brager.



RIGU

Visita de SS. MM. á la emperatriz de Rusia. — El emperador conduciéndola á la Prefectura de Lyon.





Apertura de Cortes en Madrid, el 25 de mayo, croquis del señor Yriarte.



(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Madrid, 30 de mayo de 1860.

La sesión de apertura de las Cortes en Madrid, no se parece en nada á los actos de este género que tienen lugar en la capital de Francia.

El aparato y el lujo que la corte despliega en este día solemne, los ricos trajes de épocas pasadas que salen á lucir, los carruajes de extrañas formas y los caballos soberbiamente enjaezados y cubiertos de oro y pedrería, nos traen á la memoria los antiguos tiempos en que el gusto del lujo y de la ostentación se hallaba tan arraigado en el espíritu público.

Al ver estos heraldos con sus vestidos de escarlata bordados con los leones de Castilla, creí encontrarme en el famoso campo del Paño de Oro. En Francia hemos perdido por completo estas fastuosas costumbres, y desde la muerte de Luis XV (bajo cuyo galante reinado derrochó el país tanto dinero en cintas y encajes), nuestros esfuerzos tienden á dar á nuestros vestidos, á nuestras modas, á nuestros muebles, á nuestras habitaciones una sencillez, acaso muy digna, pero que ciertamente excluye toda forma pintoresca.

He visto en uno de los últimos números las líneas en que un inteligente suscriptor manifiesta serios temores de que la política invada nuestras columnas. Con dificultad encontraría el comunicante otro que estuviera tan acorde con sus ideas como lo estoy yo, y voy á darle una prueba no hablando en esta revista ni siquiera del discurso de la corona; porque, si he de ser franco, no fui á la sesión de apertura para ocuparme de asuntos políticos, sino para admirar la riqueza de los trajes, el oro, los diamantes, las mórbidas y bellas espaldas, las negras y lustrosas cabelleras y los arábigos y rasgados ojos. Y bendito sea Dios, de todo esto ví profusión inmensa: preciso es confesar que esta querida España posee, como ningún otro país, dos cosas que seducen al viajero y forman la delicia de los naturales, á saber: la hermosura de sus mujeres y las embalsamadas brisas de sus apacibles noches.

Cuando la Reina, concluida la sesión, atravesó las antecámaras del palacio del Congreso por entre una doble hilera de lindas mujeres, deseosas de contemplar de cerca otra vez aun las facciones de su soberana, un entusiasta murmullo se elevó del seno de aquella anhelante muchedumbre, no contenida por otra barrera ni por otra guardia que por el profundo respeto que todo español tiene á la monarquía.

Para que vean ustedes hasta qué punto me hallo conforme con las idas del antedicho suscriptor, quien, sin conocerle, merece ya mis simpatías, voy á hablarles de la *toilette* de S. M., dejando á un lado el arreglo del presupuesto, el aumento de la marina, etc., etc.

La Reina llevaba: un traje de raso, — sobre el cual se veían bordados en oro los escudos de todas las provincias españolas, — el gran cordón de Isabel la Católica y la diadema. Añádase á todo esto un gran número de magníficos diamantes, entre los que brillaban seis tan preciosos y de tanto valor, que bastarian ellos solos para comprar á Venecia entera con todos los techos de Verónés, y ya saben ustedes si cada Verónés es un diamante.

Otro lujo bastante raro: las calles fueron entoldadas desde la Puerta del Sol al palacio del Congreso, á fin de que los rayos solares no molestaran á SS. MM. durante la travesía.

En cuanto á la decoración de los edificios, en España son los propietarios ó los inquilinos quienes se encargan de ella. Aquí se transmiten unos á otros las colgaduras y los escudos, los transparentes y los vasos de colores, del mismo modo

que nosotros nos transmitimos los estantes que hemos hecho poner en una casa y hasta nuestras manías particulares.

El duque de Montpensier asistió á la apertura de las Cámaras; la tranquilidad de su vida y la falta completa de emociones desde su salida de Francia han contribuido á robustecerle y á embastecer sus formas. Ninguno dirá que es el esbelto y elegante caballero que veíamos caracolear en las revistas de las Tullerías.

En este momento S. M. recorre todas las iglesias de Madrid: desde el aniversario de la infanta casada con el duque de Montpensier, visita cada día tres ó cuatro iglesias, acompañada por un gentilhomme y una dama de honor, dejando en cada una su limosna.

Madrid va haciéndose ya inhabitable: los días son cada vez mas colurosos, y estoy seguro de que, desde el instante en que se cierran las sesiones, la villa quedará desierta.

Varias familias se ausentan buscando mas benignos climas, otras van á buscar la sombra en sus jardines de la Mancha y de Andalucía, otras en fin se dirigen al norte de España, á sus casas de campo. En la Granja, residencia de Sus Majestades, durante los fuertes calores, se llenan tambien las habitaciones, en donde se encuentra un abrigo contra esta temperatura que debe ser horrible, á juzgar por estos días que se presentan de un modo extraordinario.

Por la noche, concurren al Prado multitud de lindas sombras rebozadas en sus mantillas y cuando se acalla el rumor de las conversaciones se oye el ruido seco de los abanicos que se pliegan y despliegan como las alas de una mariposa. El pobre *Abadie* acaba de componer una linda romanza sobre el Prado y el abanico: por mas que busca en la arena la huella casi invisible de los deliciosos piececitos, — nunca la puedo encontrar.

Vuestro afectísimo,

G. YRIARTE.—F. de la V.

## LAS FIESTAS DE AMIENS.

Amiens, escogida entre las ciudades del Norte, había abierto últimamente un concurso agrícola, en el cual legítimas recompensas han sido dadas á la inteligencia y al trabajo de los agricultores. Las máquinas é instrumentos aratorios atraían en primer lugar la atención, y hemos podido notar que los antiguos métodos de cultivo cedían sensiblemente ante las ventajas que ofrecen á los cultivadores las nuevas máquinas agrícolas. Veíanse allí muestras verdaderamente notables del arte de la mecánica aplicada á la labranza. Admirábase tambien una gran variedad de animales. Las razas vacuna, ovejuna y porcuna se hallaban representadas por magníficos individuos. Las aves de corral formaban igualmente una colección en extremo interesante.

La emulación que inspiran los concursos regionales á los que en ellos entran, los ejemplos que se ofrecen á su vista, las lecciones y los consejos que allí reciben, su deseo de obtener una gloriosa recompensa, todo en fin contribuye á producir maravillosos resultados. En este momento, dicho espectáculo se renueva en muchas regiones, y el concurso de París será muy pronto la brillante síntesis de las riquezas que se producen hoy en diversos puntos de la Francia.

La imponente solemnidad de la distribución de premios ha tenido lugar el domingo 27 de mayo. La concurrencia era considerable. La multitud de notabilidades del departamento de la Somme y de los departamentos vecinos se estrechaba en el recinto, en donde el público curioso ha encontrado difícilmente lugar. En la tarde del mismo día se ha verificado, en el embarcadero del ferro-

carril del Norte, el banquete del comicio agrícola. Los cuidados inteligentes de la comisión habían hecho que la sala se hallase ricamente adornada é iluminada de un modo brillantísimo. Los manjares eran excelentes, los vinos esquisitos. M. Defrance, el Chevet de la ciudad, había desplegado los recursos de un verdadero genio gastronómico. Seiscientos convidados han tomado asiento en este festín, bajo la presidencia del prefecto de la Somme, de Mñor. el obispo de Amiens y del inspector general de agricultura. En los postres ha habido brindis. Era de extrañar solamente que una orquesta no rompiera á veces el murmullo algo monótono de las conversaciones.

El lunes, 28 de mayo, era en Amiens un verdadero día de fiesta. Desde la mañana los ramales del ferrol-carril vertían en la capital de la Picardía olas de jente. Las posadas se hallaban repletas de viajeros. Las casas particulares tenían todas sus huéspedes y realizaban con ellos, mejor que los posaderos, la divisa escocesa de la hospitalidad. Habíase organizado una cabalgata de beneficencia que debía recorrer todos los barrios de la ciudad. Despues de una larga indecisión, causada por lo incierto del tiempo, el cortejo se puso en marcha á cosa de la una. Una muchedumbre compacta llenaba las calles. Las ventanas, los tejados y los árboles se hallaban cubiertos de espectadores.

La juventud de Amiens se ha puesto perfectamente de acuerdo para contribuir á esta solemnidad. No podemos menos de felicitar sinceramente á los organizadores de la fiesta que, habiendo aceptado gustosos esta difícil tarea, la han desempeñado tan bien bajo todos conceptos.

La entrevista habida en Amiens, en 1330, entre Eduardo III de Inglaterra y Felipe de Valois había sido escogida como principal episodio de la jornada. Las memorias del tiempo refieren que este pleito-homenaje fué rendido en la catedral, en donde esperó el rey de Francia, rodeado de su corte magníficamente vestida, al cortejo del hijo de Isabel y de Eduardo II, quien venia á jurarle fé y lealtad por el condado de Ponthieu y el ducado de Guayana. Las necesidades de la fiesta han hecho elegir la plaza Longueville como teatro de la ceremonia. Felipe, rodeado de los personajes de su séquito, ha recibido el juramento del monarca inglés. despues el cortejo se ha puesto en marcha. Su entrada en Amiens ha sido verdaderamente solemne. La bandera de yedra de plata, elocuente símbolo de la constancia de la antigua ciudad, iba á la cabeza del cortejo. Las corporaciones obreras marchaban en seguida; los jardineros, los escultores con un busto de Minerva, los mecánicos, los tintoreros con su emblema de telas de brillantes colores, los sombrereros, los tejedores, formaban otros tantos grupos diversamente vestidos. Los agricultores seguían despues, precediendo al carro de la agricultura. Este carro, tirado por cuatro bueyes, era verdaderamente una obra primorosa de gusto y de sencillez; las flores del campo y las doradas espigas representaban solas un papel en su adorno.

Hé allí el rey de Inglaterra que llega rodeado de sus condes y de sus barones, y precedido de heraldos de armas haciendo flotar los estandartes de la Gran Bretaña. Suenan los clarines; las armas brillan. Hombres de armas montados en caballos de guerra, grupos de señores con ricos trajes, unos vestidos de seda y de terciopelo, otros cubiertos de corazas damasquinadas, forman el séquito del rey Eduardo, revestido él tambien de una armadura dorada. Un grupo de Escoceses con su traje nacional cierra el cortejo inglés.

El francés, precedido por los arqueros del Petit y del Grand-Serment, avanza á su vez. Vemos á los ballesteros con el arma al hombro y á los ala-



barderos con la lanza en el puño. Despues viene el cuerpo de los rejidores, luego el mayor de Amiens, el *vidame*, el bailío y otros personajes. Hé ahí á los pajes de Felipe de Valois y el estandarte de Francia. El rey lleva la corona y el cetro, el manto azul con forro de armiño constelado de flores de lis doradas. Tres soberanos le acompañan, precedidos de sus heraldos con sus banderas. Tales son el rey de Navarra, Felipe de Evreux; el rey de Mallorca, don Jaime II, de la casa de Aragon; y Jehan de Luxemburgo, rey de Bohemia.

Despues de un numeroso séquito apareció la tercera parte del cortejo, compuesta del carro de beneficencia, del carro de la marina y de una serie de trajes de fantasía que formaban cierto contraste al lado de la cabalgata histórica. Un carro de la guerra, escoltado por soldados de los antiguos ejércitos franceses, no carecia de grandeza.

Los oficiales de la guarnicion de Amiens habian aceptado gustosos la mision de colectores de limosnas. Esos señores desempeñaban con grande empeño esta tarea que ha debido ser tan penosa para ellos como productiva para los pobres.

El baile dado por la noche cerró las fiestas. La sala del teatro habia sido adornada con mucho gusto para esta solemnidad danzante. Los principales personajes de la cabalgata habian asistido con sus espléndidos trajes, lo que no contribuyó poco á hacer mas brillante la reunion. Flores, follajes, luces, hermosas mujeres, trajes primorosos, un suntuoso ambigú, una orquesta excelente, y con esto la perfecta urbanidad de los directores y de los comisarios, todo habia contribuido á hacer del baile de Amiens un digno émulo de las reuniones de la mas aristocrática sociedad parisiense. Cuando se quiera abandonar en la provincia el absurdo uso del librito de baile en el cual van á alinearse veinte nombres de caballeros ó de señoras, los bailes no cederán en nada á los del arrabal San-German. Debe preocuparse uno de mayor número de contradanzas que las que se bailarían en el sarao? Y el que llega tarde ó el extranjero deben creerse pues muy dichosos de encontrar al llegar tomados todos los lugares?

El baile se prolongó hasta una hora alta de la noche. Al dia siguiente Amiens habia recobrado su fisonomía acostumbrada. El ferro-carril se llevaba á los curiosos. Los aposentos para los amigos se cerraban en las casas particulares. Los posaderos se hacian mas abordables. En cuanto á nosotros, conservaremos religiosamente el recuerdo de la acogida que nos ha hecho Amiens, y prometemos volver á semejantes fiestas.

EMILIO BOURDELIN.  
(J. R.)

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

He visto esta semana una cosa de las mas deplorables: á un gentil hombre, adornado con un nombre de los mas antiguos de Francia, alumno que fué de Saint-Cyr, compárticpe de las glorias del ejército en Africa, — citado y condenado como estafador en el tribunal de policía correccional.

Llábase el conde Alejandro de Barth. Nunca sufrió, como otros, rudas pruebas de la necesidad ó de la miseria. Era muy jóven cuando ya estaba en posesion de su herencia paterna. Como desapareció esta fortuna, pregunté á sus compañeros de francachelas, á las mujeres aventureras, á los usureros, á esos parásitos multiformes que encuentran en los hijos de familia un cebo cotidiano. Pase todavía, si en esa vida insensata no hubiese dilapidado mas que su patrimonio, pero la misma síma devoró el de su madre, y lo que es

peor todavía, sepultó en ella su honor. Exhausto de recursos, no supo soportar la pobreza, y los expedientes á que recurrió para sostener sus hábitos de lujo y de goces ilícitos le trajeron por tercera vez al banco de la justicia.

Absuelto en el tribunal de causas criminales, condenado en rebeldía por el de policía correccional, agraciado despues, libre por una sentencia de no ha lugaren una tercera causa, podia esperar aun, merced á su nacimiento, y á los esfuerzos de su familia, reparar su fortuna y rehabilitar su nombre. Seducida por sus modales, por su título, por su exterior, una viuda, jóven, polaca, hermosa y rica, segun dicen, consintió en darle su mano. Pero la fortuna de la jóven no estaba realizada todavía: consistia en bienes momentáneamente secuestrados y cuyo reintegro demandaba cuidado y tiempo. Un poco de paciencia y el conde y la condesa de Barth podian volver á presentarse con un brillo sólido en ese mundo que niega difícilmente su indulgencia á los hombres ricos y á los que son felices. La Barthé ni supo, ni quiso esperar. Quinta de cinco mil francos de alquiler en Ville-d'Avray, carruaje de setecientos francos mensuales, cenas, comidas, gran boato: tales eran sus hábitos, y es hombre que no se priva de sus gustos, ni siquiera un mes.

Para satisfacerlos, todo el oro de Polonia era insuficiente, y cátese á mi incorregible disipador lanzado de nuevo en pos de los expedientes que tan funestos le fueran: toma prestado acá y allá y abre un agujero para tapar otro, como vulgarmente se dice. Una mañana, el dia de la entrada del ejército en Paris, — llega por el tren de las ocho, se presenta á un pobre mercader de periódicos establecido en la estacion de S. Lázaro y le dice: — Me conoceis ya, soy el conde de La Barthé, tengo mi quinta en Ville-d'Avray. El escritorio de mi banquero está cerrado hoy y necesito trescientos francos para pagar un balcon que he alquilado: prestádmelos y antes de veinticuatro horas os serán devueltos. — El pobre hombre, que conocia en efecto al conde porque le vendia el periódico vespertino, se apresura á prestarle los cien escudos. Seis meses despues no estaban aun satisfechos.

A qué paradero llevaron por cuarta vez estas operaciones al conde de La Barthé... ya os lo he dicho: un acreedor, menos sufrido que los demás, presentó su querella que atrajo sobre el noble una condena de quince meses de encierro.

Ese desgraciado es padre de familia! Dignas de lástima son su madre, su mujer y su hija; pero él?... jamás!

Todo dejenera, todo... hasta el crimen. Los ladrones, con la policía que tenemos, apenas pueden hacer una de las suyas. La audacia, la energía, la confianza los abandona: no tienen fé en sí mismos, ni tampoco en sus compañeros. Las gavillas se han hecho ya punto menos que imposibles: no bien se organizan, cuando ya están delatadas y traídas individualmente á dar cuenta de sus operaciones al Tribunal del crimen. En vano seria buscar hoy en las bandas de malhechores ese aspecto formidable y siniestro de las de otro tiempo, ese prestigio de terror que conservaban todavía aun bajo la severa mirada de los jueces y bajo la vigilancia de los gendarmes encargados de su custodia. Véase sino esa coleccion que acaba de espurgar de la sociedad el Tribunal del Sena. ¡Qué aire tan compunido y apesarado! qué actitudes tan lacias y tan lastimeras! qué fisonomías tan imbéciles y tan faltas de rasgos característicos! y, sobre todo, ¡qué hazañas! Jugarretas de rateros escamoteadores de bolsillos, robos miserables hechos en su mayor parte á infelices obreros. En cambio, la cantidad de estas proezas viene en abono de la calidad, puesto

que en el acta de acusacion figuran nada menos que noventa y un casos.

El exterior, el traje de estos cacos tampoco ofrecen nada de característico. Ni blusas, ni gorras extrañas, ni corbatas abigarradas, ni los harapos con que se adornaban los huéspedes de las tabernas de la calle de Fèves. Vistense como el lector y como yo: cuando no ejercen su honroso comercio viven como todos. Su guarida es un café brillante de luz que cobija en sus bóvedas cristalinas millares de parroquianos: el café del Siglo XIX, en el boulevard de Sebastopol: allí entre el humo de las tazas de café y entre las copas de aguardiente se transmiten las noticias y se conciertan los planes de ataque en las expediciones. Oigase su lenguaje en las audiencias: su tono es apacible, floridas sus espresiones, sus formas abundantes en eufemismos, su descaro con traje de pudor. Pregúntase á uno cuál es su profesion y responde que ejerce los derechos de autor, — es decir, que vende contraseñas en las calles. Reconviene á otro el presidente del Tribunal porque robó una obra titulada: *La Confesion de un gitano* — complaciéndose tal vez en encontrar en ella sus propias impresiones; y él se indigna de que llamen gitano á un hombre que, como él, gasta cada noche dos francos para dormir en una fonda.

— Pero esos dos francos, añade el juez, ¿no eran dinero robado?

— No digo que no, responde, pero no soy lo que se llama gitano.

Un tercero es acusado de haber escondido un rosario.

— No tengo que contestar mas que una cosa y es bien sencilla: hace mucho tiempo que he renunciado á la práctica de mis deberes religiosos; por consiguiente no tenia necesidad del rosario.

Al oir este tono pacato é hipócrita, cualquiera creeria sin duda habérselas con un perro viejo de presidio: nada de eso, es la flor y nata de su ralea, la naciente generacion picaresca. El de mas edad no pasa de veinte años y ya tomó parte en cincuenta y nueve robos de calidad, — un mocito de esperanzas por la muestra.

De los diez y nueve acusados, sólo siete han tenido maña para salir del paso. Los demás han sido condenados segun la importancia de sus delitos, desde tres años de cárcel, á diez y seis años de cadena.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

#### PUEBLOS PASTORALES DEL AUSTRIA.

En medio de las llanuras áridas y tristes que se estienden entre el Koros, el Theiss, el Maros y el Danubio, el viajero encuentra á veces, inmóvil como una estatua, á un hombre de varonil semblante, de rostro enjuto y nervioso, de narices ligeramente encorvadas.

Un largo bigote da mas carácter á esta marcial fisonomía. Sus azules ojos, cuya ardiente movilidad sondea sin cesar el inmenso horizonte, revelan solos la vida en este solitario del steppe.

Este hombre, que participa algo del ave de rapiña, cuya investigadora mirada parece buscar siempre un enemigo, es el *juhász* (cuidador de carneros) quien vive cerca de la Croacia turca, en las fronteras militares del Austria.

Sin mas compañeros que sus carneros y sus enormes perros medio salvajes, este pastor pasa gran parte del año en la *pusta* (desierto), habita en chozas de paja, hace pacer su rebaño y le defiende contra los ataques de los lobos y de los *betyares*, esos ladrones de ganados tan numerosos y tan audaces en aquellas soledades.

Su traje consiste en una camisa de mangas largas, un chaleco adornado de grandes botones





Pueblos pastorales de Austria. — Pastor de las fronteras militares.

Ayuntamiento de Madrid



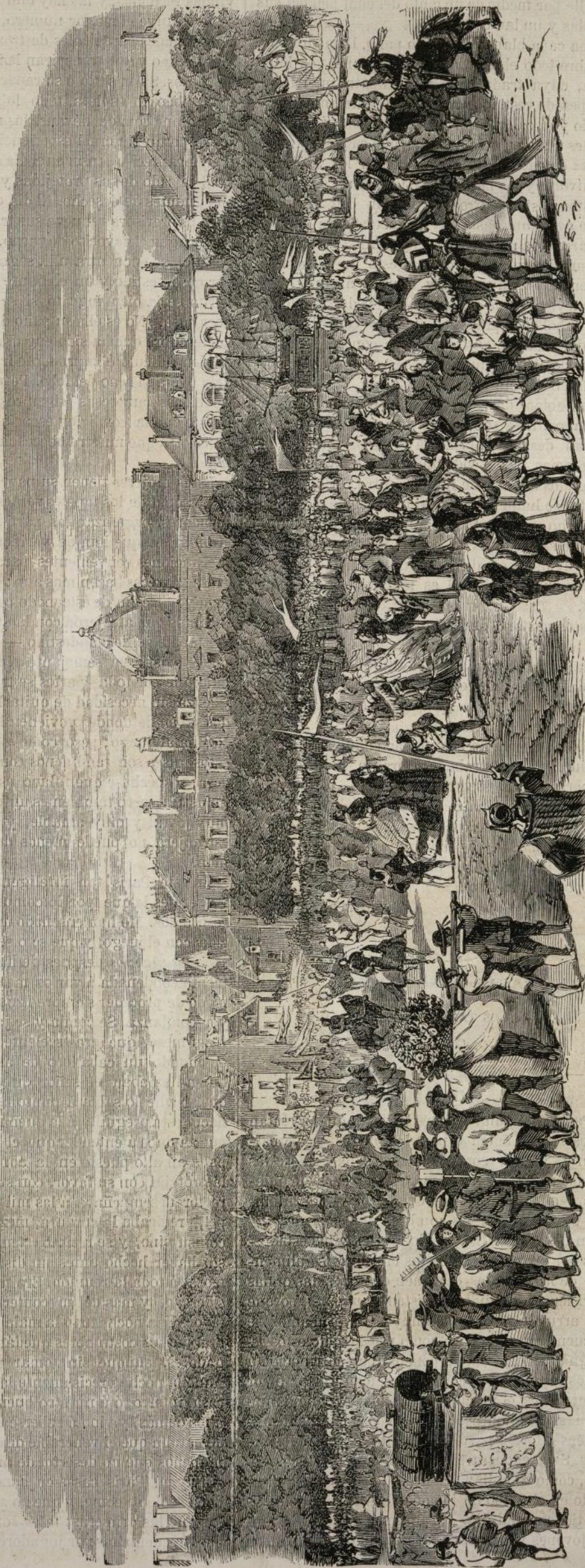


Señores del séquito de Eduardo de Inglaterra.

Fiestas de Amiens. — Trajes principales de la cabalgata, fotografías de Mauricio de Halloy.

Felipe de Valois, rey de Francia, y sus pajes.

Señores franceses.



Fiestas de Amiens. — Homenaje tributado por Eduardo III de Inglaterra a Felipe de Valois, rey de Francia, fotografía de M. Mauricio de Halloy.



de cobre y anchos pantalones de lienzo ajustados al talle por medio de un cinto del cual penden sus pistolas y un largo puñal.

Una capa blanca de burdo paño, llamado *szur*, le cubre todo el cuerpo, y, según una voz húngara, cuya traducción se encuentra en Africa, este pesado vestido le garantiza igualmente contra el frío y el calor. Un fusil, llevado sobre el hombro, es también otra arma de que sabe servirse el *juhász* en caso de necesidad contra los animales carnívoros y los ladrones de la llanura.

Estos pastores Croatas forman con harina y leche ágría una pasta que hacen tostar en un vaso de barro y la pulverizan después. Esta es la base de su alimento. Añádase á esto un pedazo de jamón de vez en cuando y á veces alguna carne de buey, cortada en pequeños pedazos, molida con cebolla y pimienta, lo que constituye un manjar llamado *guliashus*, y se conocerá la lista que todo *juhász* puede ofrecer al dar la hospitalidad benévola pero limitada.

La bebida de estos pastores es el agua de los pantanos. Esta sobriedad, esta vida al aire libre inician desde temprano á estos pastores en las exigencias de la vida militar que pueden verse obligados á tener de un día á otro. El *juhász*, en efecto, se halla organizado militarmente. Debe al gobierno austriaco un número determinado de días de servicio. Es un colono militar que puede cultivar también al rededor de su pueblo algunas tierras cuya fertilidad es maravillosa en aquel país.

Estos pastores de la Croacia turca son los que, con los Dalmatas, los Slavos, los Serbios de la Istria, de la Smynia y del litoral del Danubio, suministran á los emperadores de Austria la excelente infantería que constituye la mejor fuerza de su ejército.

M. Valerio nos ha comunicado el dibujo que reproduce nuestro grabado. Durante sus viajes en Hungría, Transilvania, Galitzia, Croacia y Bukowina, este hábil y concienzudo artista ha recojido, arrojando el cansancio, las privaciones y la enfermedad, los tipos interesantes de jentes que habitan aquellas provincias tan curiosas y tan poco conocidas.

LEO DE BERNARD.  
(J. R.)

## PARIS DESCONOCIDO.

### LOS TAPETES VERDES.

(Continuación.)

#### III. — De los sitios en que se juega y de los instigadores al juego.

Paris posee una legión de viejas que reclutan de este modo adeptos para los juegos, ya verbalmente, ya por correspondencia, haciéndose las confidentes y medianeras de las jóvenes de quienes reciben una parte del botín, y las humildes servidoras de los hombres que estas despluman después de haber sido largo tiempo explotados por las primeras. Estas criaturas se alimentan de las migajas que caen de todas las orgías parisenses. Cuando no asisten en persona, porque sus arrugas y sus canas ahuyentarían al amor, se encuentran en espíritu como presidiendo estos repugnantes centros. Imponen una contribución á todos los placeres venales, y reciben un tanto por ciento sobre el precio de todas las mercancías ambiguas. Este honroso producto, esencialmente parisense, forma parte integrante de todos los vicios. Se le encuentra en el fondo de los falsos gozos, como se hallan las heces de un vino adulterado en el fondo de la copa. Las mujeres citadas no tienen edad fija. Algunas son todavía bastante jóvenes y hermosas para agradar; otras tienen

toda la apariencia de mujeres bonachonas ó de viudas recojidas, y las hay también, — y esta clase constituye el mayor número, — que no son sino inmundos carcamales destrozados por el vicio y el tiempo y que transpiran la infamia por todos sus poros. Su miseria ó su rapacidad se pliega á todo, todo lo explota, todo lo utiliza. Interesadas en una comida, llévanse los restos de los manjares, porque la cruel experiencia les ha enseñado que es preciso pensar en el día siguiente: pónense el calzado de sus protejidas y se engalanan con sus guantes de desecho. El día en que la hermosura imprevisora renueva sus trajes, cuya cuenta debe pagar el favorito de turno, nuestro tipo en cuestión se encuentra allí, segura de obtener un hermoso vestido y un elegante sombrero: el favorito sería bien ingrato si se quejase por tan poca cosa. ¿No es ella su paño de lágrimas cuando descubre que ha sido engañado? Me diréis que es bien ridículo é imprudente ir á llorar una perdida oveja al seno del lobo. Pero en esta clase de relaciones amorosas siempre somos ridículos, puesto que la condición esencial de su existencia no es otra que nuestra obcecación, nuestra credulidad.

Estas mujeres tienen su papel determinado en el personal de los tapetes verdes. Estimulan á los jugadores, organizan las partidas, fijan el día y el lugar en que han de verificarse, é indican las precauciones convenientes para evitar toda sorpresa. A veces hacen más aun; previenen á la policía y entregan de este modo con una mano á los incautos que atrajeron con la otra. El nivel moral del tapete verde clandestino — si es que la moral puede existir en semejantes lugares — está tan bajo, que por todas partes se tropieza con la vergüenza sin necesidad de quitarle la máscara. Todos saben de donde provienen los luises que trae Rosina al juego; pero como *el oro no tiene olor*, estos luises son tan buenos como los de una condesa: sospéchase que fulano es un caballero de industria; pero también es un «buen muchacho» muy jovial y muy amable, y su condecoración extranjera no puede menos de honrar á la reunión.

En este Paris tan inteligente la astucia más grosera es la que por lo común obtiene mejores resultados. Me han enseñado una mujer enriquecida con el juego, y que solo se decidió á retirarse de los negocios después de haber sido sucesivamente condenada á varios meses de encierro. Su modo de proceder siempre igual inspiraba la mayor confianza. Se comía y se jugaba en su casa. A su mesa, que era excelente, asistía de cuando en cuando un caballero de aspecto venerable á quien llamaban el señor director. ¿Director, de qué? Nadie lo sabía á punto fijo, y cuando se le hacía esta pregunta á la dueña de la casa su respuesta daba á entender que el buen hombre ocupaba un alto puesto en la administración y que la protejía con su favor, con su influencia. El director desempeñaba á las mil maravillas su papel, predicaba la cordura, mezclaba mucha agua con su vino, y se retiraba temprano, aunque no sin haber hecho antes un discursillo paternal y moral á toda la reunión. Era muy querido y considerado, y más de un contertulio solicitaba su favor. Una noche tuvo la mala ocurrencia de quebrantar sus costumbres quedándose entre los jugadores, aunque sin tomar parte en el juego. Aquella noche precisamente la policía invadió la casa, interrogó á nuestro buen predicador como á los demás, y vino á saberse en el campo mismo de batalla que el venerable director no era ni más ni menos que un desertor de presidio.

Hay en Paris casas en donde no se juega, en donde solo se come, y que no son menos peligrosas que las primeras: tales son las mesas redondas, frecuentadas por jugadores. Págase general-

mente dos ó tres francos por una mala comida, servida sin método en una sala poco decente. Estos lugares son como las antecámaras del tapete verde. Los jugadores concurren allí para decirse en donde se jugará por la noche, y para comunicarse la consigna. La jente que acude á estas mesas ofrece un golpe de vista en extremo curioso. Como la comida no es más que un pretexto, ó un accesorio, raras veces se queja ninguno de la mala calidad de los manjares. El hombre que frecuente estos sitios como un mero observador, debe preparar su estómago á toda clase de desengaños, y armarse de una paciencia angelical. Si la comida se fija para las seis, generalmente principia á las seis y media, y aun no es extraño ver llegar á las siete algunos rezagados, que se componen por lo común de damas que vuelven del paseo, ó de jugadores perdidosos que se acostaron á las diez de la mañana. Para hacer sitio á los nuevos comensales es necesario estrecharse contra la vecina, la que á su vez se estrecha contra su ad-látere hasta ocuparle á menudo la mitad del asiento, y de este modo se logra que puedan comer treinta personas, por ejemplo, en una mesa donde no caben sino doce. A las siete y media todavía se oye tocar la campanilla. Ya no se cabe en la sala, en la que los vapores de la comida, combinados con el humo de los cigarros, forman una nube espesa, nauseabunda y sofocadora; es una especie de atmósfera compuesta de los gases desprendidos de los restos de la comida, del tabaco, del pachuli y de otros cuerpos menos agradablemente odoríferos. Las rezagadas son acogidas por la risa de la asamblea y por las imprecaciones de la dueña de la casa, quien les anuncia con jesto de vinagre que ya no hay nada que comer. Pero estas impasibles damas, sin detenerse en quitarse los guantes, se apoderan de los despojos que hallan sobre la mesa, como cortezas de pan, queso y dulce, y comen de pie, sirviéndoles de paño la falda de sus ricos vestidos de seda, sin curarse para nada de las repetidas interpelaciones que las dirigen.

Este pequeño cuadro, pintado á grandes rasgos, podría ser mucho más embellecido con los detalles accesorios; pero ocasión tendré más adelante de volverme á ocupar de estos originales grupos. Me limitaré á decir que allí se organizan muchas partidas, se ponen en connivencia ciertas señales de guerra y se discuten profundamente los medios más seguros de huir el ojo vigilante de la autoridad.

Si el acaso ó la curiosidad conducen á cualquiera á una de estas casas, dignas por cierto de tener su historiador y su moralista, oirá un lenguaje sui géneris que no se habla en ninguna parte más que allí. En general, los hombres son groseros y las mujeres prescinden del pudor y la reserva propias de su sexo. A veces, sin embargo, el peligro se oculta bajo seductoras formas, y, para evitarle, se necesita cierta experiencia de la vida parisense. La vecina de la derecha, mujer de edad madura, que protege á su vecina de la izquierda, linda niña de ojos azules, invitará tal vez al intruso observador á una cena en el café inglés con algunos de los señores concurrentes. Esto equivale á decir que alguno de ellos propondrá por vía de postre una partida para pagar el gasto, y ya animado el juego, no se sabe el término que podrá tener. Estas partidas que empiezan por una invitación de cena son las más peligrosas. Si se añade que en ellas raras veces se sabe con quién se juega, claro es que debe evitarse con gran cuidado el caer en estas invitaciones femeniles.

El solo juego autorizado en algunas de estas mesas redondas, á que acuden los jugadores para darse el santo y seña, es la clásica lotería, inocente juego de nuestra primera infancia. La lo-



tería se juega entonces allí con gran ardor por las viejas-anzuelos, y no es raro ver á un punto desgraciado, quien la noche precedente perdiera quince lises al lansquenet, quedándose con los bolsillos vacíos por los infortunados bancos, reconcentrar toda su atención sobre tres cartones, con la esperanza de ver salir el número que le haga embolsarse... ¡cuatro francos cincuenta céntimos! Si el ama de la casa juega, no paga sus cartones; cuando no juega, de cada lotería se dejan en fondo diez ó veinte sueldos para abonarla los gastos de local y alumbrado. Esto, como cualquiera conoce, es bien inocente y casi patriarcal.

Hasta aquí, hemos visto á los dos sexos buscarse y juntarse, ya para la comida, ya para el juego. Pero debo decir, para completar la enumeración, que existen en París casas de juego clandestinas, donde sólo tienen entrada los hombres, y mesas redondas en las cuales comen y juegan únicamente las mujeres. Digamos algunas palabras acerca de estos últimos establecimientos. No faltará ocasión de hablar mas adelante de las partidas entre hombres y de referir lo que en ellas ocurre.

Son las seis. Para ser admitido en las mesas mujeriles, es necesario parlamentar primero con la dueña de la casa, porque todo hombre que penetra allí sin una influencia previa, es tenido por sospechoso en concepto de las abonadas. A las seis y cuarto, el número de las concurrentes apenas llega á diez ó quince; pero dan las seis y media y asciende entonces á veinte ó treinta. Vénse allí mujeres de todas edades; viejas y feas, jóvenes y lindas. Mientras esperan la sopa, disputan y gritan como los estudiantes en las horas de juego. Hay ocasiones en que la bulla es tan infernal, que la dueña de la casa tiene que levantar el grito, que enfadarse hasta golpear el suelo con el pié á fin de obtener silencio, y á veces no lo consigue sino amenazando á las mas turbulentas con privarlas de un plato. Este medio supremo casi nunca deja de producir el efecto apetecido. El hombre que toma asiento á esta gran mesa, en torno de la cual sólo se ven mujeres estremadamente emancipadas y tanto mas libres en sus conversaciones cuanto que allí ningún miramiento las contiene, pronto llega á ser el blanco de los mas punzantes epigramas, si es desconocido. En un abrir y cerrar de ojos le analizan aquellas señoras de piés á cabeza, descubriéndole en seguida el lado vulnerable. ¡Ay del imprudente que se aventura á entrar solo y sin protección! El menor peligro á que se espone es el quedarse sin comer, ó el no comer sino los desperdicios dejados en las fuentes por treinta famélicos tenedores. Y la mayor dicha que puede caberle en suerte, es que nadie se ocupe de él y que le dejen hacerse plato cuando le llegue su turno. A esto es á cuanto puede aspirarse luego que uno es conocido y cuenta varias amigas en la sociedad.

Yo fui introducido y presentado á una de estas reuniones por una actriz vacante. Mi protectora me hizo sentar á su lado y me recomendó á la asamblea, que ya empezaba á cuchichear y á dirigirme equívocas miradas. Gracias á esta oportuna recomendación oficial, pude, sin que se ocuparan mas de mí, observar á mis anchas lo que allí pasaba. A la mitad de la comida, como quisiese que mi vecina se hiciera plato antes que yo de un pollo que acababan de servir, me dijo dándome las gracias: «Tomad desde luego lo que queráis y dejadlos de cumplimientos. Aquí no hacen maldita la falta, ni tampoco el que seáis cortés con nadie, porque nadie os agradecería vuestras atenciones. Todas las mujeres que veis en torno se detestan unas á otras, y se dicen á cada paso las mayores infamias.»

No se hizo esperar la confirmación de estas palabras. Habiendo una de aquellas mujeres dicho

no sé qué cosa á la moza de servicio, otra de las concurrentes la apostrofó de la manera mas ofensiva; llamándola desaseada, la dijo que tenía dientes postizos, y que no era sino un objeto repugnante y un motivo de asco para la mesa. La poca atención que se fijó en este altercado vino á probarme que las escenas de este jaez debían ser muy frecuentes en aquel sitio.

— Y bien! — me dijo por lo bajo mi vecina — ¿qué os parece de esto?

— Que me admira no poco — repuse — el que vengais á menudo á un lugar semejante. ¿Qué satisfacción podeis encontrar aquí?

— Todas las jóvenes que veis aquí están hastiadas de la sociedad de los hombres... que encuentran muy poco divertida. Entre nosotras respiramos con mas libertad y nos sentimos mas libres, mas independientes. Las viejas son amigas de la dueña de la casa y vienen por costumbre. Nos contamos unas á otras nuestras proezas y esto nos divierte. Algunas ocasiones recibimos muy buenos consejos de las viejas, y para mostrarnos agradecidas las abandonamos las sobras de nuestro pan. Con frecuencia, casi todos los dias, entablamos á los postres nuestra partida: ya sabeis que aquí se juega.

— Al lansquenet, según creo!

— Justamente, al lansquenet. Por lo comun se principia jugando de cinco á diez sueldos.

— ¿Y nunca admitís á los hombres?

— Pocas veces. Los hombres que vienen aquí son, ó nuestros amigos, ó, como vos, curiosos observadores, ó jente que desea hacer una comida económica. En cuanto á los primeros, apetece de todo corazón que no asomen por acá; porque su presencia nos molesta y echa siempre á perder nuestras reuniones. A los curiosos los alejamos á fuerza de sarcasmos y de pullas. Respecto á los otros, á los pobres comensales,

«Están entre nosotras como si no existieran,»

y nos conducimos en su presencia como en la de nuestros peluqueros. Los toleramos únicamente á condición de que hablen poco y de que no emitan su opinión sobre ningún asunto, ni moralicen, ni estrañen nuestras locuras. Son nuestros eunucos. Se encuentran pocos que se resignen á tan humilde papel. Los hombres se habitúan á tratarnos como esclavas y este yugo nos abrumba. Los necios nos llenan de disgustos y los mas avisados tampoco comprenden que á veces nos fastidian. Nuestras relaciones con los hombres son siempre forzadas. Ellos lo quieren así y cesarian de tenernos apego el dia en que fuésemos lo que debemos ser ó nos presentásemos á sus ojos como la naturaleza nos ha hecho. Esta violencia nos importuna y venimos aquí á distraerla, despues de haberla dejado en el ruedo de la puerta en donde limpiamos nuestros piés. Aquí somos nosotras mismas sin disfraz, vivas, alegres y divertidas algunas veces; pero malas, charlatanas, golosas, satíricas y jugadoras siempre.

— Teneis en realidad todos esos defectos?

— Con otros que omito y los mejores.

— Pero tambien poseeis cualidades que callais, la franqueza por ejemplo. No seriais mas sincera en un confesonario.

EDUARDO GOURDON.

(Trad. F. de la V.)

#### PEREGRINACION DE LA SAINTE-BAUME EN EL DEPARTAMENTO DEL VAR.

Una leyenda provenzal dice que Santa María Magdalena, la pecadora, fué á pasar sus treinta últimos años á la cima de una roca del departamento del Var, llamada la Sainte-Baume. Sin mas abrigo que una caverna, baumo en provenzal, aquella á quien tanto se perdonó porque habia amado mucho, *Multa remittentur ei quia dilexit multum*, acabó su vida de penitencia en la cavidad de esa roca en la cual ha elevado desde

ha mucho la ardiente piedad de los pueblos del Mediodia una capilla á la cual se dirijen en peregrinación los fieles de todas las provincias vecinas cada año, el dia de Pentecostés. La colina en la cual se encuentra la Sainte-Baume se halla circundada por un bosque consagrado por la penitencia de la Magdalena. Los habitantes tienen un respeto religioso á todos los árboles que lo componen y se guardan bien de cortar una sola rama y aun de alzar las varas secas.

Este año, la fiesta religiosa habia sido adelantada ocho dias. Ha sido celebrada el 20 y 21 de mayo. La ceremonia principal, la de la traslación de las reliquias, comenzó el domingo, á eso de las nueve, en la iglesia de San Maximino. Ocho prelados, con ornamentos episcopales, asistían á ella: tales son el arzobispo de Aix y los obispos de Marsella, de Frejus, de Nimes, de Gap, de Niza y de Ceram, auxiliar de Marsella, el octavo era el abate de la Trapa de Aiguebelle en el Delfinado, monasterio célebre, cuyo prelado tiene el privilegio de llevar el báculo y la mitra.

Las reliquias de Santa María Magdalena, contenidas en una nueva urna de bronce dorado, cubierta con un rico velo, han sido colocadas sobre un estrado frente al púlpito. Despues de las formalidades obligatorias de comprobación, hechas por el clero y los representantes de la autoridad superior, Mñor. Jordany, obispo diocesano, elevó sobre los asistentes el cráneo de Santa María Magdalena. Distinguese aún en este cráneo la huella que imprimió en él el dedo de Jesucristo, al tocar la frente de la pecadora diciéndola: *Noli me tangere*.

La procesion de las reliquias de Santa María Magdalena, á las cuales se han unido últimamente un fragmento de las de Santa María, ha tenido lugar en la tarde del domingo.

El lunes siguiente, un tiempo magnífico favorecía la peregrinación á la Sainte-Baume, á donde se dirijian, desde la mañana, de todos los puntos circunvecinos, piadosas caravanas. Los dominicanos, con sus hábitos blancos y severos, rompian la marcha del cortejo, el cual se componia de una muchedumbre de todas las clases y de todos los paises meridionales.

Para terminar estas piadosas fiestas y acabar esta santa jornada, los obispos de Marsella, de Cerame y el arzobispo de Aix subieron la montaña de Saint-Pilon, que domina á la colina de la Sainte-Baume, y dieron la bendición episcopal á la multitud de peregrinos presentes que se hallaban en el mayor recojimiento.

MÁXIMO VAUVERT.—(J. R.)

#### NUEVOS UNIFORMES DE LA GUARDIA IMPERIAL.

Hemos hablado ya, en uno de nuestros números anteriores, de las modificaciones introducidas en los uniformes de las tropas de línea, con el objeto de hacerlos mas cómodos, mas lijeros y mas apropiados á las fatigas de la guerra.

Acaban de hacerse cambios análogos, por las mismas razones, á los uniformes de los diversos cuerpos de la guardia imperial.

La levita, abandonada por las tropas de línea y remplazada por la chaqueta, y la granada que era en otro tiempo el atributo de las armas especiales, son de hoy mas los signos distintivos de la guardia imperial. Los otros cambios son de menor importancia, y su nomenclatura ofreceria poco interés, habiendo tenido siempre el privilegio de ser muy áridos los detalles de forniture, aun para los guardias nacionales mas amigos de su deber. Así que, nos limitaremos á decir á nuestros lectores que consulten el grabado, el cual será la mejor y mas clara esplicación.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)



**EL LORO DE MI VECINA.**(Artículo original, — escrito para  
El Mundo ilustrado.)

Lector, eres casado?

No te pongas en guardia por esta preguntilla hecha á quema-ropa. Te aseguro que al dirijirtela no he tenido ni el mas remoto pensamiento de faltar al respeto que me inspira la propiedad ajena. ¡Libreme Dios de semejante crimen! Así, pues, tranquilízate, y contéstame francamente; porque te juro bajo palabra de honor que mis intenciones son tan puras como el corazón de una virgen, y mi curiosidad hija tan solo, como vas á ver, de la filantropía mas sublimada.

¿Has dicho que no?

Pues tanto mejor para tí, si hemos de creer al refrán del *buey suelto*; pero, por si acaso algun día se te antojare poner tu independiente cerviz bajo la dulce coyunda matrimonial, escucha un buen consejo de amigo y no le deseches jamás de la memoria:

« ¡ Nunca te cases con una mujer que tenga loro! »

Cuando llegue el día, para tí supremo, en que te decidas á trocar tu independencia de célibe por las serias obligaciones de padre de familia; cuando te pongas á buscar una compañera que endulce las amarguras de tu peregrinación por este valle de lágrimas, nada te importe que la que haya de ser tu futura costilla posea todos ó algunos de los defectos llamados capitales, como

el furor por el lujo, el coquetismo, la tontería, etc., etc.; todas estas son pequeñeces de que podrás curarla, mas tarde ó mas temprano, poniendo en práctica los remedios indicados por la ciencia; pero si notas en el balcón de tu presunta

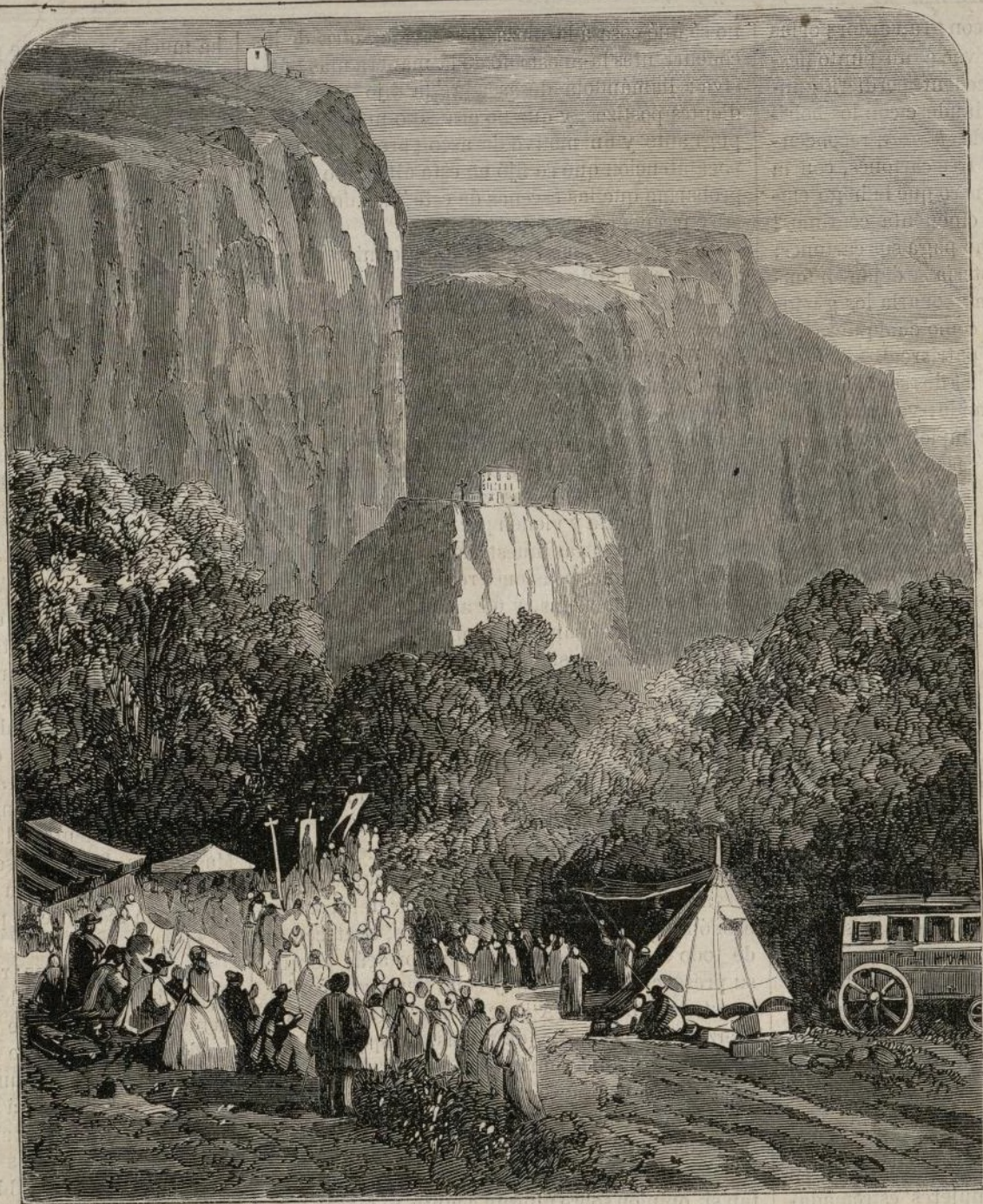
cero no reniegues hasta del primer navegante que tuvo la desgraciada ocurrencia de traernos á la vieja Europa los parlanchines avechuchos, objeto de estas líneas; te autorizo solemnemente para que, á guisa de reló de tortura, me pon-

una jaula de hoja de lata, dentro de la cual ostente su verdoso plumaje un pintado papagayo, apresúrate á romper los nudos, cualesquiera que ellos fueren, del compromiso que hubieres contraído; porque una mujer invadida por esa terrible enfermedad, llamada *filolorit*, ni se cura, ni se alivia, y te haría vivir y morir mártir.

Una mujer por sí sola, á juzgar por lo que dicen los detractores del matrimonio, es ya una carga demasiado pesada; pero una mujer con loro es el resumen de las siete plagas de Egipto, y estoy seguro de que si el bueno de Job hubiera tenido una con semejante apéndice en su célebre muladar, en vez de citársele hoy como un modelo de resignación y mansedumbre, recordaríamos su memoria como la del mayor de todos los energúmenos habidos y por haber.

¿Te ríes, amigo lector, creyendo que exajero los inconvenientes de unir un hombre su destino con el de una *papagayista pur sang*?

Pues, mira, para juzgar en el asunto con entero conocimiento de causa, vente á vivir á mi habitación siquiera por quince días; y como al ter-



Peregrinación anual á Santa Beaume (Var), el 21 de mayo, croquis de M. C. Parot.



A. Semental normando. — B. Vaca pequeña, suiza. — C. Merinos. — D. Ovejas flamencas. — E. Carnero padre flamenco. — F. Toro, raza de Ducham, padre. Tipos de animales premiados en el concurso departamental de Amiens (Fotografías de M. Mauricio de Halloy.)





Nuevos uniformes de la guardia imperial.



gas un loro sobre el mármol de la chimenea.

¡Un loro! ¿sabes tú lo que es tener á todas horas sobre los oídos el incansable martilleo de una graznadora garganta? ¿Sabes lo que es el escuchar cincuenta veces por minuto una misma chillona frase que barrena el tímpano como si fuera un hierro candente, poniendo en violenta conmoción el sistema nervioso?

Pues si no lo sabes, no sabes lo que es cosa de gusto; y puedes decir á boca llena, por muchos que hayan sido tus sufrimientos en esta pícara vida, tan rica de amargos azares, que te falta conocer el mas agudo, el mas desgarrador, el mas horrible.

Para que puedas formar siquiera una remota idea de lo que es ese cruento martirio, voy á confiarte algunos pormenores de mi vida íntima.

Escucha.

Yo, aquí donde me ves, no soy nada en resumidas cuentas. Ni ministro, ni banquero, ni propietario, ni gerente de una sociedad anónima, ni tan siquiera diputado á cortés: nada, en fin, porque menos que nada, si cabe en lo posible, son los *literatos de oficio*, — como los llama la aristocracia financiera, — y yo por mi desgracia, pertenezco á ese número. En una palabra, y para no andar con mas rodeos, soy lo que en el lenguaje del mundo mercantil se conoce con el nombre de *cero á la izquierda*, ó *quidam*, si así te gusta mas; una pobre gota de agua perdida en el océano literario del siglo XIX.

Por todo capital poseo una mal tajada pluma, si bien es verdad que pido á Dios, con todas las veras de mi alma, conceda á mi gigante ambición una de las que sirven á las audaces águilas para remontar hasta el sol el atrevido vuelo.

Sin otra productiva finca mas que la mencionada, ya podrás comprender la necesidad absoluta en que me halló de asomarme constantemente al sombrío cráter de mi tintero, para pescar en su negro fondo el imprescindible *pan nuestro de cada día*.

Pero, por mal de mis pecados, tengo una vecina, y aquí empieza Cristo á padecer.

No te hago su retrato porque todo cuanto pudiera decirte de ella sería un débil y pálido reflejo del tesoro de sus gracias.

Es preciso contemplar el óvalo perfecto de su rostro, sentir el peso de su magnética mirada, ver su talle flexible y cimbrador, como el airoso tronco de las palmeras del desierto, y escuchar su vocecita dulce y melodiosa, como el canto matutino de la enamorada golondrina, para comprender hasta qué punto es hechicera. En fin, esta peligrosa criatura tiene, para colmo de males, el candor y la fresca lozanía de diez y siete años no cumplidos. Y he dicho para colmo de males, porque, valiéndome de la gráfica expresión de los hijos del pueblo, es imposible ver esta *perita en dulce* sin que se le haga á uno la boca agua.

Ahora bien, después de todo esto, casi me parece inútil añadir, que la tal vecina me gusta mucho mas de lo que al reposo de mi corazón fuera conveniente.

Verla, ha llegado á ser para mí una necesidad tan imperiosa, que sería un sacrificio inmenso mudar de cuarto, y un empeño irrealizable el condenarme voluntariamente á vivir lejos de la atmósfera que ella respira.

¡Es tan mona, tan ingenua, tan cariñosa, tan espiritual! ¡Tiene un lenguaje tan sencillo, tan apasionado, tan dulce!

Y sin embargo, la detesto con mis cinco sentidos, acaso en los mismos instantes en que la adoro con todo mi corazón, y la maldigo mientras la colmo de bendiciones.

¿Te choca semejante contradicción? Pues es muy fácil de explicar.

Ese querubín femenino, esa bellísima virgen, desprendida por un conjuro mágico de algún lienzo de Rafael, que la fatalidad trajo á vivir tabique en medio de mi humilde tugurio, tiene un maldito loro que me ha hecho gastar mas paciencia de la que necesita un pescador de caña.

Y cuidado que, sea dicho de paso, necesitan una poca los industriales del anzuelo!

Hé ahí resuelto el enigma de los contradictorios sentimientos que me inspira la hechicera moradora del cuarto inmediato al en que yo vivo.

Cuando la miro sola, me deleito contemplando su belleza, y entonces daría la mitad de mi vida por una palabra de amor de sus purpurinos labios; pero cuando la veo prodigar sus caricias al condenado loro, y acercarse á su boquita de grana el retorcido pico del avechicho americano; cuando observo el impropio trabajo que se toma por desarrollar las facultades oratorias del asqueroso animalejo, mi cariño se convierte en odio, y hago propósito firme de arrancar su imagen de mi corazón y de marcharme con los bártulos á otra calle donde no pueda verla.

¡Vana esperanza!

Al desaparecer la jaula del balcon desaparecen mis propósitos de fuga, y me siento de nuevo encadenado por sus hechizos.

Pero esta lucha continua da origen á diarias escenas que me parecerían altamente cómicas si en ellas no desempeñara yo el papel de víctima.

Y créeme, lector amigo, estas violentas y cotidianas transiciones del amor al odio, y del aborrecimiento á la adoración, concluirán por anonadar mi sér, por convertirme en un autómatas.

Porque si mi vecina es el consuelo de mi azarosa vida; si su mágica presencia disipa las brumas de la melancolía que á veces enlutan mi alma — á la manera que el sol rasga las sombras de la noche, — en cambio su endemoniado loro es mi eterna pesadilla, mi divieso, mi dedo malo, mi potro de tormento, la envenenada gota de hiel en fin, que el destino arrojó en el cáliz de la felicidad que prueba mi corazón á la vista del mas acabado modelo de mujer.

Si no existieran las vocingleras aves que la sórdida codicia de los europeos arrancó de los bosques de la virgen América, yo sería el mas feliz de los mortales con poder contemplar de cerca el angélico semblante de mi sin igual vecina.

Pero, como la dicha no es de este mundo, la envidiosa fortuna me condena á perpetuo loro para hacerme el mas desdichado de los nacidos.

Mira, siempre que tomo la pluma con el objeto de ocuparme de un trabajo sério, es decir, de hacer la consabida pesca de que te hablé mas arriba, como si al animalito se lo dijeran al oído empieza á pedir chocolate con voz chillona, y á repetir una por una las pruebas de la esmerada educación que recibe de su amita.

No hace muchos días, — creo que fué en la semana anterior, — me senté al bufete para escribir una veintena de cuartillas, que esperaba cambiar á renglón seguido... por qué diras? por unos botitos de charol que me hacían muchísima falta.

Esto será algo prosaico; pero ¿qué quieres? la vida está llena de prosa, y sabido es que las necesidades materiales embarazaron siempre la marcha del génio.

No vayas á deducir de aquí, y sea dicho entre paréntesis, que yo me precie de poseer ese don divino; aunque, á decir verdad, mas de cuatro notabilidades llamadas *génios*, que hoy figuran en el pináculo de las letras, cambiarían su chirúmen por el mio, sin que para ninguno fuera el trato notablemente ruinoso.

Pero en esto, como en todo, entra por mucho

la osadía, y no en vano ha llegado á ser un axioma incontrovertible la frase, *de los audaces es el mundo... y de los tontos el reino de los cielos*.

Decía, pues, que había tomado la pluma para escribir unos botitos.

Me acuerdo perfectamente que me hallaba en uno de esos felices momentos de inspiración en que las ideas se presentan con maravillosa lucidez.

Pero no bien había concluido de trazar la primera línea, cuando el horripilante pajarraco dió principio á su letanía de *gracias*, gritando con voz estentórea:

— ¡Batallón! armas al hombro!... ¡harrs!

— ¡Qué no se te cayera el pico! — murmuré entre dientes pegando un soberano puñetazo sobre la mesa.

— ¡Por el flanco derecho! raaam!... tram!... rraaam!

— ¡Aprieta, hijo, aprieta, que para redoblitos estamos!

— ¡Lorito! ¿eres casado? ¡ajajajay, que rreeeeegalo!

— ¡Y que no haya quien te regale un confite de purísima estrignina!

— ¡Yo no quiero ir á la escuela, ea!... porque el maestro me pega!

— ¡Así te vieran mis ojos pegado como un cartel de anuncio contra la pared de enfrente!

— ¡Pepita, ¿eres hermosa? ¡como una rrrroosa!

— ¡Sí, que lo es!... sí, que lo es por desgracia mía! pero cuando pienso que tu eres su educando favorito, me parece una furia del averno.

— Lorito! estás malo?

— Pero, señor, ¿por qué grave delito me condenas á una tortura semejante? — clamé por último falto ya de paciencia, mientras arrugaba entre mis crispados dedos la empezada cuartilla.

Levantéme renegando de mi destino, y, cogiendo un tiesto de flores de la chimenea, me dirigí al balcon resuelto á lanzar este proyectil de mayor calibre sobre la jaula del execrable parlanchín; pero la presencia de mi vecina, que salía en aquel momento con un papel de bizcochos en la mano, para regalar el pico de su querido prisionero, contuvo mi ya enarbolado brazo.

— Buenos días, vecino, — me dijo fijando en mí una de sus enloquecedoras miradas.

— Mejores los tenga usted, vecinita. — La contesté esforzándome cuanto pude por ensayar una sonrisa, y por dulcificar mi acento.

— Mejores! pues ¿qué le pasa á usted?

— Nada, hija mía, casi nada; una pequeña desgracia que puede usted remediar si, como no dudo, es usted tan amable que acceda á una súplica que voy á hacerle.

— ¡Jesus! me había usted asustado con ese tono!... ¿y qué es ello, vecino? ya sabe usted que deseo complacerle...

— ¿En todo, vecinita?

— En todo cuanto me sea posible.

— Gracias, mil gracias, hija mía; pero temo que á pesar de la bondad y la dulzura que le son características...

— Vaya! no empiece usted con sus adulaciones!...

— Se arrepienta usted de su promesa.

— Pues qué ¿tan grave cosa es la que tiene usted que pedirme?

— Grave precisamente, no; pero quizá usted la crea una exigencia demasiado atrevida.

— ¡Por Dios, vecino, que me va usted poniendo otra vez en cuidado! Veamos que exigencia es esa, y acabe usted, que voy á darle de almorzar á mi Periquito. ¿No oye usted cómo me llama?

En efecto, el maldito loro gritaba á la sazón desaforadamente: *Pepita! Pepita! bizcochos para el lorito!*



— Sí, señora, que lo oigo — continué; — y mire usted por cuanto, vecina, ha venido usted á colocar involuntariamente el dedo sobre la llaga.

— No entiendo lo que usted quiere decirme con eso.

— Digo que, á propósito del señor Periquito, como usted le llama...

— ¿De mi loro?

— Justamente: de él es de quien tengo que hablar á usted.

— Pues ¿qué ha hecho?... ¿ha dicho alguna picardía?... no, pues eso no se lo enseño yo; sino que, como tiene tan buena memoria, se las oye á los chicos de la calle, y despues las repite sin saber lo que dice.

— Tranquilícese usted, vecina. Periquito es inocente de ese crimen de lesa moralidad. Es un loro demasiado bien educado para producirse de una manera inconveniente. Respecto á eso hay que hacerle justicia.

— Verdad que sí?

— Oh! sí, señora; no recuerdo haberle oído ninguna palabrota mal sonante. Otro es el motivo de mi queja.

— Pues, qué es?... ¿le ha pedido usted la pata y no ha querido dársela?

— Tampoco, hija, tampoco: me guardaria muy bien de pedirle nada al señor Periquito. ¡Si fuera á su linda carcelera, ya era otra cosa!

— Pues mire usted, es muy complaciente.

— Quién?... la carcelera?

— No, no; mi loro!

— Sí, no digo que no; pero como yo soy tan poco aficionado á bichos...

— ¿Bicho llama usted á un loro tan bonito? ¡Vaya una gracia!

— Perdónese usted, vecinita. Si usted se enfada me será imposible decirla...

— No, hijo, no me enfado; pero, la verdad, no me gusta que ultrajen á mi Perico. Es tan mono! mire usted como se columpia!...

Con que, vamos á ver ¿en qué ha podido ofenderle á usted el pobrete?

— En qué? en que no me deja hacer cosa de provecho.

— Pues cómo?

— Diré á usted, vecina: como el señor don Perico...

— Eso es, búrlese usted ahora de él!

— No, no me burlo; es que le trato con el respeto que se merece y que usted exige.

— Vamos, no sea usted epigramático, y adelante.

— Decía, que como su pájaro de usted tiene el órgano de la locuacidad tan desarrollado, y yo soy tan propenso á distracciones, me es imposible trabajar poco ni mucho, cuando llegan á mis oídos sus interminables peroratas y sus gritos de mando mezclados con redobles de tambor. En este supuesto, la suplico se compadezca de mí, quitando á Periquito del aire libre, y llevándosele á sitio donde yo no pueda escucharle.

— Jesús! qué raro es usted vecino!... no gustarle á usted mi pájaro cuando tiene una voz tan dulce!

— Sí, señora, me gusta... y mucho que me gusta su voz; pero convenga usted conmigo en que es algo chillona para escucharla continuamente. Conque, ¿verdad, querida vecinita, que va usted á darme ese gusto.

— ¡Ay, cuánto lo siento! pero no puedo complacerle.

— Por qué, hija mia?

— Porque el animalito se moriría de tristeza si no le sacara al balcon. ¡Es tan aficionado á la luz y al bullicio de la calle! Mire usted, vecino: el mes pasado, cuando aquellas grandes lluvias, estuvo el pobrecillo sin salir casi una semana; y se quedó tan malo y tan flacucho que daba lá-

tima verle! Ni comía, ni hablaba... En fin, creí que se me iba á desgraciar.

— Qué felicidad hubiera sido!

— Ay! ¡qué malos sentimientos tiene usted, hijo!

— Para con él, si, señora; lo confieso...

— Para con él y para conmigo, puesto que sabe usted que le quiero tanto.

— ¿A mí, vecina?... de veras?...

— A usted?... sí, pues como hace usted tantos méritos! no, señor! á él, á Periquito.

— Quién fuera loro!

— Para qué?

— Para que esas lindas manos me acaricias-

ran! — ¡Gracias á Dios que empieza usted á deponer esa faz huraña y á estar un poco galante! Vamos, ¿se le pasó á usted ya el mal humor? ¿quiere usted hacer las amistades con Perico? Tome usted ese bizcocho; voy á traer la jaula para que usted se lo dé.

— Pero, vecina...

— Si es muy bueno!... tan mansito y tan cariñoso!... no tenga usted miedo, que no pica.

Y diciendo y haciendo, cojió la jaula del pagayo y la puso encima del barandal frente á mis hocicos.

— Chiquirrito mio! — continuó dirigiéndose al loro — ¿quién te quiere?

— Pepita! — exclamó este con gangoso acento mientras picoteaba un pastel.

— Crea usted, vecino, — añadió mi interlocutora — que si usted le tratara de cerca le habia de tomar cariño involuntariamente.

— Lo que yo creo — repuse mientras le daba, por complacerla, el consabido bizcocho al señor Perico — lo que yo creo, vecinita, es que seria usted la criatura mas deliciosa del mundo, y la mas digna de ser amada, si no fuera por la pícara afición que tiene usted á mortificar al vecindario.

— Yo!... ¿pues con qué le mortifico?

— Ahí es nada! con la presencia y educacion de este pájaro de mal agüero!

Y señalé al loro apuntándole con el dedo por entre las barras de la jaula; pero me distraje observando el efecto que mis últimas palabras hacían en mi vecina, y no retiré la mano tan pronto como debiera. Esta fué para don Perico una favorable coyuntura que aprovechó encajándose un picotazo de padre y muy señor mio.

A tan brusca acometida, lancé involuntariamente una interjección, demasiado enérgica para los púdicos oídos que la recojieron; y al retirar el brazo, con la rapidez que las dolorosas circunstancias requerían, imprimí á la jaula un movimiento oscilatorio que la hizo perder el equilibrio y rodar por el balcon.

¡Desgraciadamente no fué á la calle!

— Mi vecina palideció, dió un agudísimo grito, y me llamó hereje.

— ¡Hereje! cuando la sangre del martirio chorreaba por entre mis atarazados dedos!

— ¡Hereje! cuando por ella y sólo por ella acababa de recibir aquella herida, cuya cicatriz conservaré siempre!

Semejante palabra dió al traste con mis sentimientos amorosos, con las consideraciones que mi ternura me imponía.

— Ya estará usted contento! — dijo mi vecina olvidándose de mi picotazo, y muy ocupada en examinar si su querido loro habia recibido alguna lesión en la caída. — Y añadió casi saltándosele las lágrimas: ¡Si lo ha hecho usted adrede!... ¡Si estaba usted deseándolo por instantes!... No, pues como mi loro se muera!...

Esta fué la gota por hizo rebosar el cáliz.

— Señorita, — repuse fuera de mí — lo peor será que esos temores no se realicen; pero pro-

meto á usted solemnemente despacharle al otro mundo de un macetazo á la primera ocasion que se me presente.

— A quién?...

— A ese verdugo de mi existencia que usted acaricia, sin duda por la brava hazaña de haberme roto un dedo.

— ¡Se guardará usted muy bien de tocar á mi pájaro!

— No, señora, no me guardaré; porque su pájaro de usted es una calamidad pública por donde quiera que se le mire!

— Mayor es todavía tener un vecino tan poco amable, tan raro y tan insolente...

— Gracias, hija mia.

— Sí, señor, tan insolente como usted.

— Repito las...

— Pero hemos concluido. No quiero conversacion con quien tan poco galante se muestra. Y en cuanto al loro, todas las mañanas le ha de tener usted aquí á primera hora... Veremos si cumple usted su amenaza. Quede usted con Dios!

— Vaya usted con él, señora.

Y desapareció llevándose al dulce objeto de su cariño.

Con el alma y el dedo desgarrados por la anterior escena, volví á entrar en mi habitacion dando un portazo que hizo retremblar la casa.

Sentéme otra vez al bufete, y mientras hacia vanos esfuerzos por recordar el asunto del interrumpido artículo, abrí maquinalmente por la letra F. un antiguo diccionario de Medicina, en cuya página 381 tropezaron mis ojos con el párrafo que á la letra copio:

« **FILORITIS.** Esta enfermedad, desconocida en Europa antes de la exploracion del nuevo mundo, ataca por regla general á las señoras mujeres, aunque no faltan casos de invasiones masculinas. Sus efectos son tanto mas terribles, cuanto mayor es el desarrollo del organo *animali-amatorio* (1) del paciente. La *Filo-rititis* es incurable, y la ciencia médica ha hecho inútiles ensayos para combatirla. Contra el amor á los loros no hay antídoto conocido. Las personas invadidas por esta dolencia viven con el alma pendiente de un pico.

« Es muy prudente, no ya para evitar el contagio sino para no sufrir las consecuencias de la invasion, alejarse de los sitios en donde se declare un caso; porque en esta enfermedad, á semejanza de lo que sucede con la locura, las verdaderas víctimas son los infelices próximos á la morada en que habitan los dolientes. »

A este rayo de luz científica, se dulcificó un poco el resentimiento que guardaba á mi vecina por la pasada escena.

Desdichada! — me dije mientras aplicaba á mi dedo un pedazo de tafetan inglés. — No tiene ella la culpa, sino esa maldita enfermedad que la posee desde niña! Pero es preciso tomar una resolucion desesperada, es preciso obedecer los consejos del Hipócrates y alejarme de ella. Mi corazon lo siente, pero mi tranquilidad lo reclama.

¡Ay amigo lector! ¿cómo nos engañamos en nuestros propósitos, cuando los latidos de cierta pícara viscera sofocan la voz de la razon, esa voz cuyo frío timbre solo debiéramos escuchar!

¡Querrás creer que he vuelto á abrir mis ya arregladas maletas, á poner la ropa en su sitio ordinario, á reconciliarme con mi vecina y á maldecir á D. Perico, á colocarme voluntariamente entre la espada y la pared, es decir, entre mis ocupaciones y el loro?

Apuesto á que me dices aquello del fraile mosten; pero es porque no la conoces á ella. ¿Qué quieres? es mi destino, mi pecado y mi penitencia, mi gloria y mi purgatorio!...

(1) Hay que advertir que el autor del citado diccionario es un frenólogo furibundo.



Concluyo estas líneas repitiéndote el consejo que te di al empezarlas :

Si no quieres renegar de tí mismo, si no quieres verte en el caso en que me veo, si no quieres, en fin, estar en perpetua agonía y recorrer una senda erizada de agudísimos abrojos, huye como del cólera de toda niña acostumbrada á pedir la pata y á poner bizcochos en el sucio comedero de un lorito real.

FEDERICO DE LA VEGA.

#### LLEGADA Á STRASBURGO DEL 15º BATALLON DE CAZADORES Á PIÉ.

El 29 de mayo último hizo su entrada en Strasburgo el 15º batallón de cazadores á pié. Festejado á su salida de Italia por las señoras de Plascencia, en donde se hallaba de guarnición, este batallón ha sido recibido con entusiasmo en la antigua capital de la Alsacia. En las márgenes del Rhin, lo mismo que en las riberas del Sena, el pueblo sabe tributar homenaje de admiración á los libertadores de la Italia.

Confesémoslo también de paso, en las márgenes del Rhin, lo mismo que en las orillas del Sena, la manía de reedificarlo todo parece animar el ardiente azadon de los demolidores. La provincia, como Paris, se halla poseída en este momento de la fiebre de derribarlo todo para reconstruirlo todo, y, dentro de poco tiempo, la porción privilegiada de la calle de la Petite-Boucherie, cuyos tejados parecen celosos, en nuestro grabado, de trepar unos sobre otros, desaparecerá probablemente; pues Strasburgo quiere seguir la moda, y, abdicando toda orijinalidad, se

— Un ocioso paseante encontró dias atrás cinco billetes de banco, pegados por la presión y la humedad á las páginas de un libro viejo titulado *Discorsi intorno alla Sicilia* di Rosario Gregorio, que andaba rodando entre los cajones de un puesto de libros del muelle Malaquais. El honrado Cristóbal Colon de estos valores se lo advirtió inmediatamente al librero, M. Crubert, quien hizo repetidos esfuerzos por saber de qué persona procedía aquel libro. Recordó que era de una almoneda hecha dos años atrás por un antiguo director de teatros, el cual nos ha contado esta anécdota suplicándonos la supresión de su nombre. El director no recuerda si el volumen procedía ó no de su casa, en vista de que los libros de que hizo almoneda formaban parte en su mayor número de un armario viejo lleno de trastos, encontrado en una casa de campo que compró tal cual se hallaba, finca y mueblaje, hacia siete años en una venta testamentaria. M. Crubert dió pasos en este sentido, aunque infructuosamente. Unletrado á quien se consultó, manifestó al honrado librero que eran



S. A. la gr.n-duquesa de Rusia, Maria de Leuchtenberg.  
(Fotografía de M. Lewitski.)



Entrada en Strasburgo del 15º batallón de cazadores de vuelta de Italia.

apresura á levantar casas á cuya arquitectura nada tendria que tachar la ufanidad de los hoteles de la calle de Rivoli.

Se ha verificado ya la revolucion en nuestros trajes y cada cual ve hoy borrarse su individualidad bajo la uniforme monotonía del frac negro. Porque serian mas privilegiadas que los individuos las habitaciones y se evadirian de este sistema de uniformidad que todo lo iguala?

LÉO DE BERNARD.

(J. R.)

suyos los 5,000 francos rechazados por M<sup>re</sup>. — M. Crubert, por un estremo de delicadeza, los tiene depositados en casa de un escribano hasta nuevo aviso.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que deseen obtenerlo.

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                             |                                |
|-----------------------------|--------------------------------|
| AREQUIPA . . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA . . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ . . . . .            | D. Rafael Mogollon y Guzman.   |
| BUENOS-AIRES . . . . .      | D. Federico Real y Prado.      |
| CARÁCAS . . . . .           | Sres. Rojas, hermanos.         |
| CARTAGENA . . . . .         | D. Joaquin F. Velez.           |
| COBILIA . . . . .           | Sres. L. Durandean y Compañia. |
| GUATEMALA . . . . .         | D. Pablo Blanco.               |
| GUAYAQUIL . . . . .         | D. Luis Abadie.                |
| GUAYAMA . . . . .           | D. Narciso Daussá.             |
| HABANA . . . . .            | Sres. Charlain y Fernandez.    |
| LA PAZ . . . . .            | Sres. Gérard y Comp.           |
| LIMA . . . . .              | P. Bailly.                     |
| MÉJICO . . . . .            | Sres. Maillefert y Comp.       |
| MENDOZA . . . . .           | D. F. Civit.                   |
| MONTEVIDEO . . . . .        | D. Ventura Garáicochea.        |
| PANAMÁ . . . . .            | D. José M. Aleman.             |
| PUERTO RICO . . . . .       | D. Ignacio Guasp.              |
| ROSARIO . . . . .           | Federico Reissig.              |
| SAN FRANCISCO . . . . .     | M. Biesta.                     |
| STA. MARTA . . . . .        | D. José A. Barros y Comp.      |
| SANTIAGO DE CHILE . . . . . | D. Pedro Yuste y Comp.         |
| SANTO DOMINGO . . . . .     | Libreria agencia del Mercurio. |
| SAN TOMAS . . . . .         | D. Ramon Morel.                |
| TACNA . . . . .             | D. A. Bonilla.                 |
| TAMPICO . . . . .           | D. Luis Guasp.                 |
| VALPARAISO . . . . .        | D. Clemente Bartibas.          |
| VERACRUZ . . . . .          | D. A. Gutierrez y Victori.     |
|                             | D. Santos Tórnero y Comp.      |
|                             | D. Nicasio Ezquerria.          |
|                             | D. José Perez Anguita.         |
|                             | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bordillat, 15, rue Breda.